



Seminario de
Drama

COMEDIA FAMOSA
DE
LA NOCHE TOLEDANA

COMPUESTA POR
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FLORENCIO.
BELTRÁN.
JULIO.
HUÉSPED.
EL CAPITÁN ACEVEDO.
EL ALFÉREZ CARRILLO.

LUCINDO.
RISELO.
GERARDA.
LUCRECIA.
CELIO, su criado.
LISENA.

AURELIO.
FINEO, caballero.
DOS ALGUACILES.
UN ESCRIBANO.
BELARDO.
TORIBIO.

ACTO PRIMERO

(Salen FLORENCIO, BELTRÁN y JULIO.)

FLORENCIO. Veré la iglesia mayor.
BELTRÁN. Pues quitate las espuelas.
FLORENCIO. Si es que importa, quitarélas;
si no, paréceme error,
pues habemos de pasar
a dormir aquesta noche
a Illescas.

BELTRÁN. Hoy se va un coche
que el sol le puede envidiar
para salir en su oriente
después que el otro que vió (1)
Faetón cuando no llegó
con su carrera a occidente.

FLORENCIO. De damas debe de ser.
BELTRÁN. Y hermosas, a fe de hidalgo,
si yo tengo voto en algo
desto que llaman mujer.

FLORENCIO. Tu voto en esta materia
no es para feas ni hermosas;
siempre hablas de sus cosas
conforme te va en la feria.
¿Estaban ya de camino?

BELTRÁN. Del coche las vi apear.

(1) Hartzzenbusch enmendó "quebró".

FLORENCIO. ¿Sabes tú de qué lugar
el coche a Toledo vino?

BELTRÁN. Un mesón más adelante
deste presumo que están.

FLORENCIO. Pues vaya Julio, Beltrán,
si te parece importante,
y sepa dónde camina;
porque si a Madrid se va,
conversación llevará,
si a conversación se inclina.

BELTRÁN. Ve, Julio, y con discreción.
JULIO. Voy con la que a ti te sobra.

FLORENCIO. Mi soledad fuerzas cobra
habiendo conversación;
que en dejándome, Beltrán,
entra Granada y su historia
a hacer mártir la memoria
donde mis celos están.

BELTRÁN. ¿Tenemos ya tabarreras?

¿Agora quieres volver
a memorias de mujer,
causa de tantas quimeras?

Dala al diablo treinta veces,
que así nos puso a los dos,
que aun aquí temo, ¡por Dios!
el rigor de los jueces.

FLORENCIO. El mío me da más pena
que la herida de aquel hombre.

BELTRÁN. ¿A quién habrá que no asombre
tu fe, de fealdades llena?

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Unidad de Humanidades
Recinto de Río Piedras

25/10/10

127/801

mbs c1

Con mujer que te obligó
a celos y a cuchilladas
¿tienes fe? Bien empleadas
fueran en ti, que en él no.

Atiende con más concierto,
Florencio, en este lugar,
que, por dicha, puede estar
aquel caballero muerto.

Y que cuando no lo esté,
no es negocio un desafío
que se ha de quedar tan frío
aunque tan honrado fué,
porque la chancillería
no sufre burlas allá.

FLORENCIO. Si muerto o si vivo está
ya fué, Beltrán, suerte mía.
¿Cómo haré que el corazón
rompa la estampa que impresa
tiene amor?

BELTRÁN. Con darte priesa
a no perder ocasión.
¿Es posible que en seis años
de amistad, no has aprendido
una lición para olvido
ni una treta para engaños?

¿Es posible que no ves
de la manera que llego
a jugar de amor el juego
con más alas en los pies
que le pintan a Mercurio,
y con más llave en la mano
que estaba el templo de Jano?

FLORENCIO. A mi condición injurio
cuando no guardo lealtad.
Beltrán, a cualquier mujer.

BELTRÁN. Dellas querrás aprender
que tratan siempre verdad.

¡Oh, cuitado moscatel!

FLORENCIO. ¿Es falta de entendimiento
ser firme de pensamiento
o tener nobleza en él?

BELTRÁN. Yo soy de amor un fullero;
que al juego de los amores,
aunque más le den favores,
siempre gana el lisonjero.

En baraja desatada
que otro primero jugó,
¿por qué he de perderme yo,
ni en la que está cercenada?

Si la que conmigo juega
los encuentros me señala,
parécete a ti que es gala
ser yo su gallina ciega?

Con fulleras tan taimadas
que nos corren como a toros,
pues siempre se toman oros
y siempre nos dan espadas;
yo, como sé sus derrotas,
de tal manera he jugado,
que tengo en lo tripulado
más de setecientas sotas.

(Vuelve a salir JULIO.)

JULIO. A una criada llegué
de aquellas damas, señor,
que a ver la iglesia mayor
iban, si no me engañé,
y díjome que a Toledo
venían desde Madrid.

BELTRÁN. Si son de Madrid, el Cid,
¡vive Dios!, les tendrá miedo;
que vienen de soledad
después que el alma faltó (1),
que la discreción les dió
el despejo y libertad,
y querrán hablar de modo
que matarán al primero
que topen.

FLORENCIO. Seguirlas quiero
por darte contento en todo,
y para ver de camino
esta famosa ciudad.

JULIO. Las espuelas os quitad.

BELTRÁN. Bien dices, porque imagino
que ellas a la iglesia van,
y porque es bien que las veas,
aunque me pesa que seas
sin las espuelas galán,
porque siempre el que es discreto
se las debiera poner. (2)

FLORENCIO. Espuelas, pues ¿a qué efeto?

BELTRÁN. Y aun dos pares.

FLORENCIO. ¿Buen decir!

BELTRÁN. Don Florencio ha de llevar
las unas para alcanzar
y las otras para huir.

FLORENCIO. ¿Qué mujer hará favor
a un hombre tan de camino?

BELTRÁN. Es un sainete divino

(1) Alude a la ausencia de la Corte y del Rey, que de 1601 a 1605 estuvieron en Valladolid. Alude también a los culteranos.

(2) Falta un verso a esta redondilla, que Hartzenbusch dice pudiera ser:

al seguir una mujer.

que llama a tener amor.

La mujer siempre apetece
aquello que se le va,
porque lo que en casa está,
como a seguro aborrece.

¿No has visto un ave enjaulada,
que no da tanto contento
como la que va en el viento,
libre, hermosa y despenada?

Pues así vienen a ser
los hombres ya de camino,
porque se van imagino
que los pretenden coger.

FLORENCIO. Ahora bien: ¡Huésped!

(Llama y sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Señor.

FLORENCIO. ¿Habrá de comer?

HUÉSPED. Sí habrá.

FLORENCIO. ¿Qué hay agora?

HUÉSPED. No hay acá
puesto que fuera mejor
la costumbre de la tierra
donde venís, ni podemos
tener de todo.

FLORENCIO. ¿Qué haremos?,
que quien pregunta no yerra.

BELTRÁN. Estarnos hoy sin comer.
Da un doblón a ese lacayo
y partirá como un rayo.

FLORENCIO. ¿Adónde?

BELTRÁN. A Zocodover
o al rollo de Ecija, y luego
comprará un par de capones,
pues ya no habrá perdigones;
y poniéndolos al fuego
se asarán, y estando asados,
comerás en esta tierra
si quien pregunta no yerra.

FLORENCIO. Donaires tienes cansados.

¿No tengo de preguntar?

BELTRÁN. Pues ¿estamos en la China?

FLORENCIO. Ahora bien: Julio, camina.

HUÉSPED. Yo iré con él a comprar.

FLORENCIO. Merced me haréis.

BELTRÁN. De aquí a un rato
volveremos a comer.

FLORENCIO. ¿Que otra mujer voy a ver!

¡Ay, Lisena!

BELTRÁN. ¡Ay, mentecato!

(Vanse, y salen GERARDA y LUCRECIA, damas, de camino, con capotillos y sombreros, y CELIO, su criado.)

XIII

CELIO. La fiesta se dilató,
aunque a todos ha pesado.

GERARDA. ¿La fiesta se ha dilatado?

LUCRECIA. ¿Qué, no es el miércoles?

CELIO. No.

GERARDA. ¿Qué pesadumbre se iguala?

Pues ¿cómo se ha descompuesto?

CELIO. Dícese que está indispuerto

don Pedro López de Ayala;

un gran caballero, hijo

del conde de Fuensalida.

LUCRECIA. No te pese, ¡por tu vida!

que se alargue el regocijo;

que me parece Toledo

muy bien, y cuanto se tarda

la fiesta, tanto, Gerarda,

me alegro más.

GERARDA. Tengo miedo

que sepa nuestra venida

aquel loco de Fineo;

no le traiga su deseo

donde nuestro gusto impida;

que también me agrada a mí

esta ciudad generosa.

LUCRECIA. Allí va una dama hermosa.

GERARDA. Y un hombre gallardo allí.

LUCRECIA. ¿Qué buen manto!

GERARDA. ¿Qué buen aire!

CELIO. La gallardía advertid.

GERARDA. ¡Dios te perdone, Madrid,

que tuviste de donaire!

CELIO. Yo sé que aquí parecéis

muy bien por lo ballenato,

y que en la iglesia gran rato

os miraron más de seis

que me dijeron a mí

algunas cosas.

LUCRECIA. ¿De veras?

GERARDA. Ser forasteras (1)

lo merece siempre así,

que van tras la novedad

los hombres con desatino.

LUCRECIA. Mucha gente de camino

he visto por la ciudad.

GERARDA. Todos vienen a la fiesta.

CELIO. Estos, forasteros son.

(Salen FLORENCIO y BELTRÁN.)

FLORENCIO. Estas armas y blasón

(1) Verso incompleto. Hartzzenbusch añadió después del "¿De veras?" esto:

CELIO. ¡Y cómo!

- el milagro manifiesta.
- BELTRÁN. La misma reina del cielo,
dando a Alfonso premio honroso
de su ingenio milagroso
y su católico celo,
tomó por armas la iglesia.
- FLORENCIO. Con razón prima la llama,
más digna de eterna fama
que la maravilla Efesia.
¡Qué sagrario! ¡Qué tesoro!
¡Qué reliquias y grandezas!
¡Qué de fuentes! ¡Qué de piezas!
¡Qué de ricas joyas de oro!
- BELTRÁN. ¡Quedo!, que son estas dos
las forasteras gallardas.
Llega, y háblalas. ¿Qué aguardas?
- FLORENCIO. Donaire tienes, ¡por Dios!
No hay más de llegar y entrar,
como en casa que se alquila.
- BELTRÁN. ¡Ea! Pues, la lengua afila;
corta la pluma de hablar;
pon los ojos para ver
en cierta forma compuestos;
hazme tres o cuatro gestos
para que pueda escoger;
serena el rostro, endereza
el cuerpo, limpia el zapato,
finge vergüenza y recato
volviendo atrás la cabeza.
Frisa el pelo de la frente,
pasa a la barba la mano,
y muy tierno y cortesano
llega con la voz doliente,
y jugando del vocablo
diles alguna razón
a quien por sólo un doblón
suelen hablar con el diablo.
- FLORENCIO. Extraño estás hoy, Beltrán.
- BELTRÁN. ¡Bien haya mi gusto, amén!
En pareciéndome bien,
no miro si soy galán,
sino compro, si es mediana,
un corte de primavera
o catalufa ligera,
y esto, de muy mala gana.
Enviolo con un paje,
y cuando es de lo parejo,
envío perdiz, conejo
o cosas deste linaje.
Y lo que sueles gastar
en pulirte y componerte
(oye, y la lición advierte)
gasto en dalle de cenar.
- FLORENCIO. ¿Todas han de ser así?
- BELTRÁN. ¿A quién pesa que le den,
dime tú, en el mundo, a quién?
- FLORENCIO. ¿No hay nadie?
- BELTRÁN. Escúchame.
- FLORENCIO. Dí.
- BELTRÁN. El médico está mirando
cuando el de a ocho le encajas;
el letrado, cuando bajas
la mano al párrafo dando;
el jüez, cuando le toca
la parte del denunciado;
el procurador no ha dado
paso hasta que el plus le toca;
el que escribe, sólo atiende
cuando sacas el doblón;
cualquiera negociación
de sólo el dinero pende.
El que viene a ser tu amigo,
si nunca le has dado nada,
culpa tu amistad honrada
y deja de andar contigo;
el que se pone a mirar,
no está mirando aquel rato
si es flux, sino el barato
aguarda que le has de dar.
¿Quién ha hecho algún placer,
que no espere el galardón?
Pues la misma condición
tiene cualquiera mujer.
Llega dando, y llegarás
siempre en ocasión tan buena,
que excusando mucha pena
lo que quisieres harás.
- FLORENCIO. Si yo te creyese a ti,
lindas locuras haría.
- GERARDA. ¡Buen talle, por vida mía!
¿Si son andaluces?
- LUCRECIA. Sí,
que el brío y vestido son
al uso de aquella tierra.
- GERARDA. Bien puede el mozo hacer guerra.
- LUCRECIA. Pues no es malo el bellacón.
- FLORENCIO. ¡Oh, qué bello serafín!
- BELTRÁN. De los de pezuña y zanca.
- FLORENCIO. ¡Gentil moza!
- BELTRÁN. Y la potranca
no es mala, a fe de rocín.
- GERARDA. No he visto en esta ciudad
hombre de tan buen despejo.
- LUCRECIA. ¿Ni el que dejas?
- GERARDA. Ni el que dejo.
- LUCRECIA. No hay ley en la voluntad.

Pues la sombra con quien viene
no me desagrada a mí.

FLORENCIO. En cuantas he visto aquí,
ninguna su talle tiene.

BELTRÁN. ¿Ni Lisena?

FLORENCIO. Ni Lisena.

BELTRÁN. ¡Eso sí, cuerpo de tal!

FLORENCIO. Tenlo por buena señal.

BELTRÁN. Ya lo tengo por muy buena.
Pues la hermana compañera...

FLORENCIO. ¿Parécete bien?

BELTRÁN. No, a fe;
mas ¿cuánto va que es o fué
desta guitarra tercera?
¡Qué ojos!

FLORENCIO. Bellos.

BELTRÁN. Y escasos
de hacer a ninguno bien.

FLORENCIO. ¿Qué sientes dellos?

BELTRÁN. Que ven
una bolsa a treinta pasos.

FLORENCIO. Poco te deben, Beltrán,
las mujeres.

BELTRÁN. Antes tanto
que a pagármelo...

FLORENCIO. Me espanto
del crédito que te dan.

BELTRÁN. Todo lo que les he dado
me lo deben muy debido,
porque mal tomado ha sido,
y es deuda lo mal tomado.

FLORENCIO. Ocasión quiero buscar
para hablarlas.

BELTRÁN. Llega.

FLORENCIO. Voy.
Medio enamorado estoy.

BELTRÁN. Amor, comer y rascar,
todo en el principio estriba.

FLORENCIO. Si es que puede un forastero...

BELTRÁN. ¿Hay tan grande majadero?

GERARDA. ¡Gallardo mozo! ¡Así viva!

FLORENCIO. Hablar a una forastera...

GERARDA. Aunque noble y principal,
siendo el forastero tal...

BELTRÁN. Todo es moneda forera.

FLORENCIO. Suplícoos, señora mía...

BELTRÁN. Señora, no le escuchéis,
que ya cansada estaréis
de tanta forastería.

Tenía talle, ¡por Dios!,
de no parar en un año.

LUCRECIA. ¡Oh, cómo es negro el picaño!

BELTRÁN. Mucho me parezco a vos.

FLORENCIO. ¡Que aun en las cosas de veras
tus burlas se han de mezclar!

BELTRÁN. ¿Tan de veras es llegar
a hablar a dos forasteras?
Diga, señor forastero.

FLORENCIO. ¡Déjame, por Dios, Beltrán! (1)

BELTRÁN. Beltrán me llamo, ¿es delito?

LUCRECIA. Que por muchos años sea;
en la puente de Alcolea
tomastes el sobreescrito.
Llevastes la delantera
a los ciento y veinte ciegos.

BELTRÁN. ¿No dije que éramos legos
para gente bachillera
de la que en Madrid nacía?
Vámonos de aquí, Florencio.

FLORENCIO. Ten un momento silencio,
por tu vida o por la mía,
que me agrada esta mujer.

BELTRÁN. A mí esotra no me agrada.

FLORENCIO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Saco poco o nada,
y sabe muy bien volver.

FLORENCIO. Si no tenéis, por ventura,
quien en aquesta ocasión
os sirva, y la condición
de vuestro estado es segura,
suplícoos que me mandéis,
si es que la fiesta esperáis,
que busque en qué la veáis
con el gusto que veréis,
que no soy tan pobre aquí
que no pueda en un balcón
prometeros colación.

LUCRECIA. ¿Y él, qué me promete a mí?

BELTRÁN. Si acaso desde el mesón
en que estoy se puede ver,
señora, Zocodover,
allí tenéis un balcón;
mas pensar que quien aquí
casas ni raíces tiene
y con los muebles se viene
ha de hacer lances en mí,
es cosa de disparates.

LUCRECIA. Cierto que sois descortés.

BELTRÁN. No soy hombre de interés;
sólo de gusto me trates.

GERARDA. Acepto el ofrecimiento
por ver que esa cortesía

(1) Para el sentido y la rima sobran este verso y el anterior, o bien faltan otros dos para formar redondilla.

no es lisonja ni osadía,
sino honrado nacimiento.
Vuestro talle da a entender
que me puedo confiar,
porque es lo mismo que obrar
un hidalgo prometer.
Y ya no es por ver la fiesta,
sino por veros a vos.

FLORENCIO. ¡Esto es hecho!

BELTRÁN. ¡Bien, por Dios!

FLORENCIO. ¡Vitoria!

BELTRÁN. ¿Cuánto te cuesta?

FLORENCIO. Unas ventanas no más
y un poco de colación.

BELTRÁN. ¿Y quién te ha dicho que son?

FLORENCIO. En la calidad estás.

BELTRÁN. Pensarás que del anzuelo
ya cuelga alguna lamprea,
y será algún tollo.

FLORENCIO. Sea.

BELTRÁN. Que te han de engañar recelo.

FLORENCIO. ¿Cuál mujer, Beltrán, cuál dama,
pudo ser que hombre engañase
que manchada no quedase
en las obras o en la fama?
Déjamela ver, desvía,
que aquella rara belleza
es efeto de nobleza,
como de la luz el día.
Señora, ese talle y brío
de tal manera me allana,
que no digo la ventana,
mas por vuestro gusto y mío,
si llega mañana aquí
mi gente y un alazán,
saldré a la plaza galán...

GERARDA. ¿Y qué es lo que haréis por mí?

FLORENCIO. Aunque tienen por leones
a los toros de Jarama,
y sé que es cierta la fama,
gastaré cuatro rejonos
en sus cuellos arrugados.

LUCRECIA. Y vos, ¿no saldréis por mí?

BELTRÁN. Si llegan mañana aquí
con un frisón mis criados,
palabra os doy de no entrar
en la plaza en todo el día.

LUCRECIA. ¡Gallardo, por vida mía!

BELTRÁN. Nunca me pongo a jugar
con quien no tiene dinero;
nunca con el poderoso
truje pleito, aunque forzoso,
ni desenvainé el acero;

nunca del mar me creí,
nunca por vado pasé,
ni con loco me burlé,
ni con amigo esgremí;
nunca he rogado a villano,
ni he hecho por mal nacido,
ni desquité lo perdido,
ni dejé pájaro en mano,
ni dije a nadie malicia,
ni con secreto escuché,
ni gusto a nadie quité,
ni acuchillé la justicia,
ni dije a nadie su falta
adonde alguno lo oyese,
ni vi toro que no fuese
en la ventana más alta.

LUCRECIA. Vos tenéis gracioso humor.

BELTRÁN. Así me parió mi madre.

FLORENCIO. Señora, un honrado padre
me ha dado aqueste valor.
De Granada soy, y della
a Madrid iba, seguro
de perderme, porque os juro
que me parecís tan bella,
y me dais tan dulce guerra,
que tardaré más que Ulises
o que la sangre de Anquises
en dar la vuelta a mi tierra.
Decidme vuestra posada,
que, pues sola habéis venido,
y mi buena dicha ha sido
que de nadie estéis guardada,
o yo me pasaré allá,
o vos adonde yo estoy.

GERARDA. Con algún recelo voy.

FLORENCIO. ¿Qué pensamiento os le da?
Los dos somos forasteros;
aquí nadie nos conoce;
dejad que siquiera goce
mientras aquí estáis, de veros.

GERARDA. Dije en Madrid que venía
a Illescas, a mis parientes.

FLORENCIO. Injustos inconvenientes
estorban la dicha mía.
Hacedme pariente a mí:
decid que soy vuestro hermano.

GERARDA. En el parentesco gano;
pero tracémoslo así.
Que, pues que vos queréis ser
mi hermano, habéis de guardar
como mi hermano, el lugar
que él supiere defender.

FLORENCIO. Digo que el partido aceto,

y que guardaré de mí la belleza que en vos vi teniéndooos justo respeto.

Desde aquí soy vuestro hermano: si algo hiciere contra vos de mi mano entre los dos, os defenderá mi mano.

GERARDA. Pues con esa condición entraré en vuestra posada.— Basta que el hombre me agrada. Si es amor, principios son.

¿Qué puedo en esto perder? ¿No me sabré yo guardar? Pero ¿qué puede fiar de sí misma una mujer?

FLORENCIO. Beltrán, aquestas señoras han de ir a nuestra posada.

BELTRÁN. ¿Está hecho el precio?

FLORENCIO. ¿Que en nada tendrás silencio dos horas!

BELTRÁN. En casa del mercader, del joyero o del platero, deja un hombre al compañero mientras precio quiere hacer, a la puerta de la tienda, y cuando sale y se juntan, eso mismo se preguntan.

FLORENCIO. ¿Qué hay aquí que compre o ven-

BELTRÁN. A este par de catalufas; [da?] buena vista y poco tomo.

¡Ea!, yo soy mayordomo: habrá baños, habrá estufas; habrá temerario plato. Gastemos esos doblones, aunque el amor en mesones suele comprarse barato; que cuando desta ocasión salga tu hacienda medrada, volveremos a Granada, tú el pródigo, y yo el lechón.

FLORENCIO. Señoras, Beltrán es hombre deste humor; dél os servid, que a fe que aprendió en Madrid el buen humor como el nombre; que, dejando estos donaires, es hombre para las veras.

BELTRÁN. ¿Qué se intentan de quimeras cuando anda el seso en los aires! ¿Con qué invención ha de entrar en la posada?

FLORENCIO. Eso es llano: yo diré que soy su hermano, y que la vine a buscar

para llevarla a Granada, y que ella partió también para buscarme.

BELTRÁN. ¡Oh, qué bien! Digo que es traza extremada, que a todas las aventajo, pues viene a ser esta vez el mesón Aranjüez, que junta Jarama y Tajo. En fin, ¿eres ya su hermano?

FLORENCIO. ¿No lo ves?

BELTRÁN. Y yo ¿qué soy de vuesa merced?

LUCRECIA. Estoy por asentalle la mano. ¡El mi pariente!

BELTRÁN. ¿Pues qué? ¿No puedo ser su pariente, siendo hidalgo y decendiente de un rey mago?

LUCRECIA. ¡Bien a fe!

BELTRÁN. Pero ya sé la ocasión de que no lo quieras ser.

LUCRECIA. ¿Y es?

BELTRÁN. Por no te detener en buscar dispensación.

GERARDA. ¿Cómo os llamáis?

FLORENCIO. Yo, Florencio.

¿Y vos?

GERARDA. Gerarda.

BELTRÁN. Decid, ¿cómo os llamáis?

LUCRECIA. Advertid...

BELTRÁN. Un hora os daré silencio.

LUCRECIA. Yo tengo el nombre de aquellas ejemplo de castidad.

BELTRÁN. Sí, mas no será verdad que la guardéis como ellas.

GERARDA. Celio.

CELIO. Señora.

GERARDA. Mi ropa muda luego a la posada destos hidalgos.

FLORENCIO. Robada hoy llevo la bella Europa. Dadme la mano.

GERARDA. Esta es.

BELTRÁN. ¿Y la vuestra?

LUCRECIA. Esta es la mía.

BELTRÁN. ¡Fría está!

LUCRECIA. ¿De qué está fría?

BELTRÁN. De que no toca interés.

(Vanse, y salen LISENA, en hábito de labradora, y AURELIO con ella.)

AURELIO. ¿Que aquí te quieres quedar, Lisena, en este mesón?

LISENA. Es, Aurelio, la ocasión como la suelen pintar.

No quiero pasar de aquí, pues como ves, disfrazada, sirviendo en esta posada, ninguno repara en mí.

El huésped me convidó a servirle, viendo el traje humilde y tosco lenguaje que estaba fingiendo yo.

Así, a la ocasión la frente, y con él me concerté, Aurelio, mientras no sé de aquel mi adorado ausente; porque como esta ciudad

es paso a tantas ciudades, y siempre las novedades, de alta o baja calidad,

llegan, porque ya son leyes de fama y tiempo ligero,

a las posadas primero que a las cortes de los reyes, sabré lo que hay en Granada, y en Madrid lo que hay sabré, donde mi Florencio fué.

AURELIO. La industria me agrada (1), porque de tu entendimiento podré en aquesta ocasión fiar la rara invención de encubrir tu pensamiento.

El huésped sale; repara en que te ha de conocer.

LISENA. Mal sabes lo que es mujer.

AURELIO. Semíramis lo declara; que ser (2) su hijo fingiendo, tanto imperio gobernó.

LISENA. Gobernar agora yo sólo un corazón pretendo.

(Sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Siquiera para que veas

(1) Hartzenbusch enmendó este verso y el siguiente en esta forma:

La industria poco me agrada;
pero de tu entendimiento

(2) En el original "querer", por errata, que Hartzenbusch no corrigió.

la casa que has de servir, arriba puedes subir, Inés, si verla deseas; que también habrá que hacer.

LISENA. Tío Aurelio, adiós.

HUÉSPED. Como si fuérades vos, seguro podéis tener su tratamiento y regalo.

AURELIO. Así de vos lo confío.

HUÉSPED. Seré padre, si sois tío.

AURELIO. Ya por su padre os señalo; cumplid vuestra obligación.

HUÉSPED. ¿Adónde vais?

AURELIO. A Madrid.

Que es bien nacida advertid, aunque por cierta ocasión ha venido a tal pobreza.

HUÉSPED. En ella se echa de ver; mas la virtud ha de ser la verdadera riqueza.

(Vase AURELIO y entra JULIO.)

JULIO.

Entre. ¿Seor huésped?

HUÉSPED.

¿Qué hay?

JULIO.

Aquellas damas que en esotro mesón más adelante se apearon de un coche, son las mismas que a buscar a Madrid iba mi amo, que la una es hermana, y la otra, prima. Hanse pasado acá, y es necesario que aderecen las camas de esa sala y otra para un criado, porque quieren quedarse a ver las fiestas.

HUÉSPED.

Sea en buen hora.

¡Hola, Toribio, Inés!

TORIBIO.

Tan noramala hubo fiestas de toros en Toledo, que a fe que los paguemos bien nosotros.

HUÉSPED.

¿Qué aposentos están desocupados?

TORIBIO.

La sala del balcón y tres de arriba.

HUÉSPED.
¿Y del segundo corredor?

TORIBIO.
Bien dices;
la sala adonde estuvo aquel indiano,
y el aposento del rincón.

HUÉSPED.
Pues, ¡alto!
En esa del balcón estén las damas.

TORIBIO.
Venid conmigo.

JULIO.
Vamos.

HUÉSPED.
Estos días
aun pienso que el Alcázar fuera estrecho,
que todo el mundo acude a ver las fiestas.—
¿Inés?, ¿qué digo?, ¿Inés? ¡Ella es hermosa!
No habrá en Toledo cosa más famosa.

(Vase, y salen el CAPITÁN ACEVEDO y el ALFÉREZ CARRILLO, de camino.)

ALFÉREZ. ¡Buena posada!

CAPITÁN. Y quieta.

ALFÉREZ. Mañana lo estará más.

CAPITÁN. De aquí un rato quitarás
la funda desa jineta,
y saldremos por Toledo.

(Dice dentro el HUÉSPED.)

HUÉSPED. ¡Nunca nos falta un soldado!

CAPITÁN. Pues, huésped, ¿habrá recado?

HUÉSPED. Sí; gracias a Dios, bien puedo
en mi casa aposentar
toda vuestra compañía.

ALFÉREZ. La de agora bien podía.

HUÉSPED. ¿Váisla a hacer?

CAPITÁN. Voila a buscar.

HUÉSPED. ¿Adónde?

CAPITÁN. A Ocaña iré, pues voy. (1)

¿Qué hay de fiestas?

HUÉSPED. ¡Bravas fiestas!

CAPITÁN. En ocasiones como éstas,
no hay hombre, a fe de quien soy,
que no procure mostrar
la fe que debe a su rey.

HUÉSPED. Sois noble, y es justa ley.
¿Qué cosa puede alegrar
más a un español, que ver
nacer un príncipe a España? (1)

ALFÉREZ. Pienso que en la tierra extraña
fiestas se deben hacer.

CAPITÁN. En las Indias orientales
y antárticas las habrá;
pero no es mucho, si allá
son vasallos naturales.

ALFÉREZ. En los reinos extranjeros
habrá justo regocijo.
Dios guarde ese sol que es hijo
de tan hermosos luceros.

Id, huésped, a procurar
que pongan las mesas luego.

HUÉSPED. Voy.

CAPITÁN. ¿Habrá un poco de juego?

ALFÉREZ. Si hubiere con quién jugar.

(Sale LISENA.)

LISENA. En esta sala de en medio
puede entrar el Capitán.

CAPITÁN. Si la que decís me dan,
en casa hallé mi remedio.

¿Gentil moza! ¿Sois, por dicha,
hija del huésped, señora?

LISENA. No, señor; soy labradora,
natural de mi desdicha;
que es un lugar bien desierto,
donde nacen a morir
los que vienen a servir.

CAPITÁN. No lo merecís, por cierto;
que debiérades mandar,
si Aquel que lo pudo hacer
no os obligara a nacer
en ese estéril lugar.

ALFÉREZ. ¿Hay tal moza de mesón?

CAPITÁN. ¿Hay labradora tan bella?

ALFÉREZ. ¡Que aquestos se sirvan della,
locos y bárbaros son!

CAPITÁN. ¡Venid acá, por mi vida!
Volveros quiero a mirar.

LISENA. Digo que podéis entrar,
porque es la sala escogida.

CAPITÁN. Y vos más que no la sala,
aunque del Alcázar fuera.

Alférez, ¿qué pareciera
con alguna honesta gala
labradora tan hermosa?

(1) Verso largo: Hartzenbusch lo enmendó suprimiendo el "iré".

(1) Alude al nacimiento de Felipe IV, el 8 de abril de 1605.

ALFÉREZ. ¡Una dama, un serafín!
 CAPITÁN. ¡Que en una mina tan ruin
 haya piedra tan preciosa!
 ¿Cómo os llamáis?

LISENA. Yo, señor,
 con perdón, me llamo Inés.

ALFÉREZ. Donaire o malicia es.
 CAPITÁN. Y el mío parece amor.
 ¿Cómo, qué fortuna airada
 trujo, Inés, tu condición
 a servir en un mesón?

LISENA. Porque nunca acierta en nada.
 Oí cantar en mi aldea
 que la Fortuna tenía
 un árbol, donde ponía
 el bien que el mundo desea,
 y que en las ramas, colgadas,
 estaban joyas, banderas,
 libros, honras, armas fieras,
 dineros, sogas, espadas;
 en fin, todo el trato humano.
 Debajo estaba la gente,
 y la Fortuna, insolente,
 con una vara en la mano:
 con ella en el árbol daba,
 cayendo en varias cabezas
 alegrías o tristezas,
 como la suerte alcanzaba;
 sin duda, a mala ocasión
 llegué, por irme despacio,
 pues pidiéndole un palacio,
 me ha dado aqueste mesón.

CAPITÁN. ¡Alférez!
 ALFÉREZ. ¿Qué hay?
 CAPITÁN. En mi vida
 tal placer me habéis de hacer
 como hablar a esta mujer.

ALFÉREZ. Un ciego os verá la herida.
 CAPITÁN. Decilde que si conmigo
 a Italia quiere pasar,
 que la sabré regalar;
 y desto vos sois testigo.
 Que la vestiré de tela
 y la bordaré de modo
 que sea de perlas todo.
 ¿Y Marcela?

ALFÉREZ. ¿Y Marcela?
 CAPITÁN. ¡No hay Marcela!
 Decilde que le daré
 un manteo tan galán,
 que gaste el oro a Milán
 desde la cintura el pie;
 decilde que de una extraña
 tela le haré una gorguera

que valga más que si fuera
 la capitana de España;
 y también quiero advertiros
 que, para que valga tanto,
 le haré de soplillo el manto
 de soplos de mis suspiros;
 y en señal de mis prisiones,
 una cadena tan bella,
 que tenga la de Marsella
 menos gruesos eslabones.
 Para telas y cojines
 mil piezas juntas desata;
 di que en las minas de plata
 haré bañar sus chapines;
 y, por la fe de español,
 si no es amor lo que digo,
 que ha de caminar conmigo
 en los caballos del Sol;
 y que en no viendo serenos
 sus ojos, porque te asombres,
 que me mate con mil hombres,
 y esto será lo de menos.

ALFÉREZ. Yo voy.
 CAPITÁN. Dios te guíe.
 ALFÉREZ. Inés,
 oye aparte.

LISENA. ¿Qué mandáis?
 ALFÉREZ. El que ves...
 LISENA. Que prosigáis
 aguardo.

ALFÉREZ. En fin, el que ves
 es el mayor fanfarrón
 que hay desde Flandes aquí;
 él te ha visto y yo te vi...
 LISENA. Tendréisme mucha afición.
 ALFÉREZ. Jamás este hombre trató
 mujer, que no la azotase
 y las joyas le quitase.

LISENA. Por esos me muero yo.
 ALFÉREZ. Yo soy un hombre muy tierno,
 gran regalador, llorón;
 tan fácil de condición,
 que sin freno me gobierno.
 No pido celos, no guardo,
 no me enojo, no hago fieros,
 juego, y sóbranme dineros...
 LISENA. Sois soldado, y sois gallardo.
 En fin, ¿tengo de escoger?
 ALFÉREZ. Eso te vengo a rogar.
 LISENA. Pues yo lo voy a pensar;
 mañana podéis volver.

(Vase LISENA.)

CAPITÁN. ¿Fuése?
 ALFÉREZ. ¿No lo ves?
 CAPITÁN. Pues bien,
 ¿qué dijo?
 ALFÉREZ. Que yo le había
 parecido bien.
 CAPITÁN. Sí haría.
 ALFÉREZ. Y que conmigo también
 iría a Italia y a Flandes.
 CAPITÁN. ¿Tú quiéresla?
 ALFÉREZ. ¿Para qué?
 CAPITÁN. ¿Con qué pensamiento fué?
 ALFÉREZ. De que hará cuanto le mandes.
 Háblala, que me decía
 que era muerta por soldados;
 que durarán tus cuidados
 menos que durare el día.
 Pero dice que la lleves
 como paje.
 CAPITÁN. ¡Vive Dios,
 que habemos de andar los dos
 como el miércoles y el jueves!
 ¡Pesía tal, que es como un oro!

(Vase, y salen LUCINDO y RISELO, caballeros de Toledo.)

LUCINDO. En este mesón entraron.
 RISELO. ¿Tan de veras te agradaron?
 LUCINDO. Prometí matar un toro
 a cuchilladas, ¡por Dios!,
 en servicio de la una.
 RISELO. ¿Hay guarda?
 LUCINDO. Poca o ninguna;
 aunque sé llegaron dos,
 al parecer forasteros,
 y las han acompañado.
 RISELO. Aquí hay un galán soldado.
 LUCINDO. ¡Y no de malos aceros!
 ¡Jesús, señor Capitán!
 ¿En Toledo? (1)
 CAPITÁN. ¿Pues [en] dónde?
 Esta grandeza os responde.
 LUCINDO. ¿Qué hay del Marqués?
 CAPITÁN. Fuése a Orán.
 LUCINDO. Ya me acuerdo.
 CAPITÁN. Con él fué
 don Lorenzo, nuestro amigo.
 LUCINDO. ¡Qué bueno venís! Yo os digo

(1) Hartzzenbusch añadió:

¿Vos en Toledo?

porque el verso era corto.

que se os luce y que se os ve
 el regalo de la corte.
 ¡Grandes fiestas!

CAPITÁN. La ocasión
 es grande. En este mesón
 ¿qué puede haber que os importe?
 LUCINDO. Siguiendo a dos forasteras,
 desde la iglesia he venido.
 CAPITÁN. Sólo he sentido el ruido.
 LUCINDO. Agradóme tan de veras
 una dellas, que he de hablalla,
 si vos espaldas me hacéis.
 CAPITÁN. Bien seguras las tenéis,
 si Amor os deja gozalla.
 Y, para hablalla mejor,
 comeréis aquí conmigo,
 que bien se sufre a un amigo.
 LUCINDO. Yo soy vuestro servidor.
 Pero al revés ha de ser:
 a mi casa habéis de ir.
 CAPITÁN. No puedo de aquí salir.
 LUCINDO. ¿Por qué?
 CAPITÁN. Por cierta mujer.
 LUCINDO. Pues, ¡alto!, con vos me quedo.

(Salen FLORENCIO y BELTRÁN.)

FLORENCIO. ¿Hubo qué comer, Beltrán?
 BELTRÁN. Lo que hubiere les darán,
 sin quedar cosa en Toledo.
 FLORENCIO. ¡Regálense, por mi vida,
 que estoy...!
 BELTRÁN. No me digas más.
 FLORENCIO. Pongan la mesa.
 BELTRÁN. Hoy verás
 una espléndida comida.
 Para principio les doy
 de Juanelo el artificio. [cio!
 FLORENCIO. ¡Qué siempre has de estar de vi-
 BELTRÁN. ¿Qué quieres? Deste humor soy.
 Galanes hay.
 FLORENCIO. Dices bien;
 y que parecen soldados.
 CAPITÁN. Basta, a amigos tan honrados,
 que la voluntad les den.
 LUCINDO. Yo siempre me llevo a ella
 mejor que a la mesa.
 CAPITÁN. Vamos,
 porque esas mozas veamos.

(Vanse los dos.)

BELTRÁN. La una es en extremo bella.

FLORENCIO. Estos se van a comer.
Nosotros, ¿no comeremos?
BELTRÁN. Como tanto amor tenemos,
sustentámonos de ver.
Voy a hacer que aquel bergante
traiga lo que hubiere luego.

(Vase.)

FLORENCIO. Tuve vista, y estoy ciego;
era amado, y soy amante.
¡Extraños efectos hace
el ciego amor, cuando quiere!
donde un fuego apenas muere,
otro mayor fuego nace.
¡Huésped, hola! ¡Huésped, hola!
Haced traer aguamanos.

(HUÉSPED, dentro.)

HUÉSPED. ¿Dónde están estos villanos?
Ve, Inés, pues tú sirves sola.
FLORENCIO. Con razón agua he pedido;
pero si está el fuego dentro,
irase metiendo al centro
del corazón encendido,
en lavándome las manos.

(Sale LISENA, con plato, jarro y toalla.)

LISENA. ¡Qué voces dais! Véisme aquí.
FLORENCIO. ¿Sabéis qué fuego hay en mí,
y qué pensamientos vanos?
Echad, por ver si templáis
por la mano el corazón.
¿De qué es tanta suspensión?
¿Qué tenéis?, ¿qué me miráis?

(Aparte.)

LISENA. ¡Cielos! ¿No es éste Florencio?
FLORENCIO. ¡Cielos! ¿No es ésta Lisena?
LISENA. ¿En tanto gozo, tal pena?
FLORENCIO. ¿En tanto bien, tal silencio?
LISENA. ¡Ah, traidor! ¿Damas aquí?
¿Tan presto tanta mudanza?
FLORENCIO. ¡Hoy pierdo, amor, la esperanza
de gozar el bien que vi!
LISENA. Quiero negar que yo soy,
aunque no puedo negar.
FLORENCIO. ¿Lisena en este lugar?
¡O está loca, o yo lo estoy!
O la fortuna está loca,
o el tiempo perdió el juicio.

Hasta saber con qué indicio
de amor en mis celos toca,
tengo de negar quién soy,
aunque más me llore y diga.
¿Ha mucho que estáis, amiga,
aquí en casa?

LISENA. Habrá que estoy
cosa de un año y un mes.

FLORENCIO. Echad agua.

LISENA. ¡Que me place!

FLORENCIO. ¿Un año...?

LISENA. Agora lo hace.

FLORENCIO. ¿Y cómo os llamáis?

LISENA. Inés.

FLORENCIO. ¡Hermosa sois!

LISENA. Yo solía
parecerlo a algún mudable.

FLORENCIO. Si se mudó, razonable
causa ese galán tendría.

LISENA. Los hombres, luego que olvidan,
dicen que causas les dan.

FLORENCIO. Sin ellas, firmes están,
aunque mil almas les pidan.

LISENA. El que yo digo, tomó
por excusas ciertos celos.

FLORENCIO. Los inciertos culparélos,
pero sin son ciertos, no.

LISENA. Yo pienso que eran inciertos.

FLORENCIO. Pensáis en vuestro favor.

LISENA. Yo sé que es cierto mi amor,
como son mis daños ciertos;
que a fe que el amante mío
que no me ha guardado fe.

FLORENCIO. Echa agua.

LISENA. ¿Para qué,
estando el fuego tan frío?

Otra mujer quiere ya.

FLORENCIO. El remedio suele ser,
que para mal de mujer,
purga de mujer se da;
aunque ésta será triaca.

LISENA. ¿Mujer con mujer? ¡Qué bueno!

FLORENCIO. Sí; que como son veneno,
una con otra se saca.

LISENA. Laváos, que aún no podéis,
aunque os diese yo mi llanto,
lavaros, mi señor, tanto
que limpio y salvo quedéis.

FLORENCIO. Dadme el paño.

LISENA. Véisle aquí.

FLORENCIO. ¿Quién os trujo a este mesón?

LISENA. El decirme el corazón
que estaba su dueño aquí.

FLORENCIO. ¿Y si es ya de otra?

LISENA. Los dos
sabremos mudar de prendas.

FLORENCIO. Id a hacer vuestras haciendas.

LISENA. Quedad con Dios.

FLORENCIO. Id con Dios.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CAPITÁN ACEVEDO, el ALFÉREZ CARRILLO,
LUCINDO y RISELO.)

CAPITÁN. Perdonad que en un mesón
no puede haber más regalo.

LUCINDO. Al de Atalante le igualo

CAPITÁN. Si es la mesa el corazón,
¡qué atrevida es la amistad!

ALFÉREZ. Amor es atrevimiento.

RISELO. Donde sirve el cumplimiento,
no asiste la voluntad.

LUCINDO. ¿Qué os pareció de la dama
de Madrid?

CAPITÁN. Que os ha servido
de comida, y me ha valido
para no perder la fama;
que dando con su hermosura
dulces cosas de comer,
no reparastes en ver
la mesa.

LUCINDO. Y fuera locura;
porque donde el alma come,
el cuerpo es razón que ayune.

CAPITÁN. ¿Vos queréis que la importune
y que esto a mi cargo tome?

ALFÉREZ. De aquí a las fiestas, no creo
que habéis de tener lugar;
que muy poco os ha de dar
la guarda con que la veo.

RISELO. Debajo de que es hermano,
no ha de ser tan cudicioso;
que no es amante celoso,
ni marido cortesano.

Esta tarde se irá a ver
la ciudad.

LUCINDO. ¡Quiéralo el cielo!

CAPITÁN. Más corto levanto el vuelo,
con el temor de caer.

Nunca pongo el pensamiento
donde tengan fuerza alguna
el tiempo ni la fortuna,
ni pueda llevarle el viento.

¿Vos estáis enamorado

de esta dama de Madrid?

LUCINDO. Perdido estoy.

CAPITÁN. Advertid

en la bajeza que he dado.

Ni yo camino en el mar,
ni en el viento, ni al sol miro,
ni por el fénix suspiro,
ni estrellas quiero alcanzar;
ni me mata seda o tela,
ni artificio, ni cabellos

rizos, ni anda el alma en ellos
como anda el viento en la vela;

solamente me parezco
a vos en que hoy me ha nacido
en casa este amor, que ha sido
legítimo.

LUCINDO. No os ofrezco

ser padrino de ese amor,
hasta saber el sujeto;
y si no importa el secreto,
tendrélo a mucho favor.

CAPITÁN. Los soldados no podemos
amar con secreto, y ser
constantemente en el querer;
que estas dos faltas tenemos.

Apenas entra el soldado
con las medias de color,
calzón de extraña labor,
sombbrero rico emplumado,
ligas con oro, zapato
blanco, jubón de Milán,
cuando ya todos están
murmurando su recato.

Llevar colores y brío
los ojos, y en galas solas
más jarcias y banderolas
que por la barra el navío.

Pues ¿constancia en el querer?
¿Cómo puede ser constancia?
Ya está en Flandes, ya está en
él ausente; ella, mujer. [Francia,
¡Bien haya mi condición!

RISELO. Sólo de oiros hablar,
he venido a sospechar
que hay duende en este mesón;

y si es así, no penséis
que sois el doliente vos
de ese dolor, que, ¡por Dios,
que hay más de cuatro, y de seis!

CAPITÁN. ¡Por vida del Capitán,
que sospecho, y sin sospecho,
que ha de entrarme en mal prove-
el ser hoy de Inés galán! [cho

ALFÉREZ. Porque ninguno la ve,
que no piense que ya es suya.
Inés es como alleluya:
no hay verso donde no esté;
pero ya es del Capitán
esta empresa.

RISELO. Y es razón.

CAPITÁN. Eso no; que en un mesón
no ha de haber sólo un galán.
Sirvan todos, y ella escoja.

LUCINDO. A río vuelto, señores,
ganancia de pescadores.

CAPITÁN. ¿También a vos se os antoja?

LUCINDO. No; pero el que hablare a Inés,
tercie por mí con Gerarda.

CAPITÁN. Inés viene; aquí me aguarda.

LUCINDO. Adiós.

CAPITÁN. Hablemos después.

(Vanse los tres, y queda el CAPITÁN y LISENA.)

LISENA.

Andan mis males por volverme loca,
como si yo negase que lo he sido;
andan mis bienes por cubrir de olvido
lo que confiesa el alma por la boca.

Andan mis penas por decir que es poca
la que por tal sujeto he padecido,
y mis agravios, como lo han sentido,
dicen que la venganza al honor toca.

Andan mis celos porque amor intente
alguna sinrazón, viendo que puedo;
anda mi amor porque de ti me ausente;
anda [él] con artificios en Toledo;
mas es andar y andar, que finalmente
he de anegarme entre el amor y el miedo.

CAPITÁN. ¡Ah, señora Inés!

LISENA. ¿Quién es?

CAPITÁN. Un hombre, un huésped de casa.

LISENA. Pase en buen hora, si pasa.

CAPITÁN. Un poco te quiero, Inés.

LISENA. Si es muy poco, diga presto;
que ando, como ve, ocupada.

CAPITÁN. Ya tengo el alma turbada.
Respeto, ¡por Dios!, me ha puesto.
Pues ¿cómo yo, que atrevido,
andando con el marqués
de Santa Cruz, y después
con el Archiduque, he sido,
del turco y del rebelado
flamenco, rayo en la guerra,
y en propia y ajena tierra

soy, por quien soy, respetado,
temo una flaca mujer,
moza que sirve un mesón?
Mas de amor efetos son,
que es niño y dios en poder.
¿Quién, si no amor, ha pintado
libros y armas? ¿Quién ha sido
el que fuertes ha vencido
y sabios ha derribado?
¡Amor, poderoso es!

LISENA. ¿No acabáis?

CAPITÁN. Quiérote un poco.

LISENA. Decildo.

CAPITÁN. ¡Vuélvome loco!

Yo te lo diré después.
¿Hay tal temor? ¿Hay tal fuerza
de amor? ¿Qué temor, qué aguar-
[do?

¿Soy yo el que, fuerte y gallardo,
anima, acomete, esfuerza;
el que salté el escuadrón,
a la galera, al navío?

Amor, ¿dónde está mi brío?
¿Qué has hecho a mi corazón?
Vuélvemelo. ¿Tú no ves
que soy soldado de Amor?

LISENA. ¿Qué es lo que queréis, señor?

CAPITÁN. Un poco te quiero, Inés.

LISENA. ¿Qué puede ser que os obligue
a suspenderos así?

CAPITÁN. Verte, Inés.

LISENA. ¿Qué veis en mí?

CAPITÁN. Yo callo, y amor prosigue;
y espántome que no des
en que quien te ve, te adora.
¿Hay más?

LISENA. Sí.

CAPITÁN. Decildo agora.

LISENA. Yo te lo diré después.

LISENA. ¿Cuándo o cómo?

CAPITÁN. Si tú vienes
esta noche a visitarme,
sabré mejor declararme.
LISENA. Bien, ¡por Dios!

CAPITÁN. ¿Qué prisa tienes?

LISENA. ¿Cómo puedo estar despacio
adonde hay tanto que hacer?

Suelta, que voy a barrer.

CAPITÁN. ¿A barrer?

LISENA. Aquel palacio.

CAPITÁN. ¡Manos hermosas! ¡Por Dios,
que otro instrumento os conviene!

LISENA. ¡Cielos!, mi enemiga viene.

Mi remedio espero en vos.
 ¡Valedme, industria; ayudadme,
 cielos!, que no quiero amor;
 id en buen hora, señor.
 CAPITÁN. ¡Oye, Inés!
 LISENA. Señor, dejadme;
 que viene Gerarda aquí.
 CAPITÁN. Pues ¿vendrasme a ver?
 LISENA. Sí haré.
 CAPITÁN. ¡Victoria! ¡Vine, llegué,
 vencí a Inés, a Inés vencí!

(Vase el CAPITÁN, y sale GERARDA.)

GERARDA. ¿Con quién das voces, Inés?
 LISENA. ¡Oh, mi señora Gerarda!
 Con ese necio, que aguarda
 lo que de otro dueño es.
 Persuadirme pretendía
 que esta noche visitase
 su aposento.
 GERARDA. Que intentase
 tu amor con descortesía,
 fué culpa; mas no lo es
 quererte siendo su gusto:
 antes parece muy justo
 quererte todos, Inés.
 LISENA. Si eso hubiérades tratado,
 rendida de algún dichoso,
 ya fuese galán, ya esposo,
 que os hubiese conquistado,
 ¿sería entonces razón
 que otro que os persuadiese,
 la misma noche quisiese
 la misma conversación?
 GERARDA. Eso, Inés, no puede ser,
 que es de comunes mujeres;
 y si guardar honra quieres,
 uno solo has de querer.
 LISENA. Tengo mi palabra dada
 de ser de cierto galán,
 y también el Capitán
 quiere ocupar la posada,
 cosa que no puede ser.
 GERARDA. Notable placer me has hecho
 en descubrirme tu pecho.
 LISENA. Sois mujer y soy mujer;
 ¿qué queréis?; flaquezas son.
 GERARDA. Dime la verdad, Inés:
 ¿ha sido amor, o interés?
 LISENA. Dos deditos de afición.
 GERARDA. ¿Afiicionado te has?
 LISENA. ¿Soy piedra?
 GERARDA. Pensé que amor

se trataba a lo señor,
 y andaba entre ellos no más.
 No creí que en los mesones
 hallaba el amor posada.
 LISENA. Al amor tal vez le agrada
 dejar calzas por calzones.
 Suele enfadar el faisán,
 suele la vaca dar gusto,
 que no hay vestido más justo
 que aquel que nuevo le dan.
 Si del ver nace el amor,
 y de privación, deseo,
 en los que caminan creo
 que será más el rigor.
 GERARDA. Tú, a lo menos, disculparas
 cualquiera deseo, Inés;
 que es muy justo que le des,
 si en tus méritos reparas.
 Mas, pues me has declarado
 lo más, que es decir que quieres,
 y que el galán que prefieres
 tendrá esta noche tu lado,
 dime cuál destes dos es,
 ansí logres tu deseo.
 LISENA. Muy cuidadosa te veo;
 yo te lo diré después.
 GERARDA. Vuelve, detente y advierte
 que sólo es este cuidado
 gusto de ver si has echado
 el dado con buena suerte. [tas.
 ¿Quién?, por mi vida; y no mien-
 LISENA. (¡Bien se traza mi invención!)
 ¿En amores de mesón
 saber secretos intentas?
 No te lo niego por mí,
 que confesar que ha de ser
 es lo más que puedo hacer
 en esta ocasión por ti.
 Por honra del caballero,
 Gerarda, te encubro el nombre.
 GERARDA. Pues ¿qué pierde ningún hombre?
 LISENA. Su libertad considero;
 y sé bien que en el sayal
 suele estar envuelto el oro,
 sin que pierda su decoro.
 GERARDA. No sientas de mí tan mal;
 que si el mismo Amor posara,
 Inés, en este mesón,
 pudiera con afición
 rendirse a tu hermosa cara.
 Y como se suele dar
 a la huéspedada el dinero
 que lo guarde, considero

que Amor te diera a guardar
las flechas de sus despojos,
aunque de rayos son hechas,
que para guardar sus flechas
eran muy propios tus ojos.

LISENA. Lisonjas os ha enseñado
el deseo de saber
el galán que ha de tener
aquesta noche mi lado;
pues ni el mío o su decoro
me han detenido, ¡por Dios!,
sino el ver que os toca a vos
lo que yo, Gerarda, adoro.

GERARDA. ¿A mí, en aqueste mesón?
LISENA. A vos.

GERARDA. ¿Quién es?
LISENA. Vuestro hermano.

GERARDA. ¿Mi hermano? Es buen cortesano,
te dirá alguna invención.

LISENA. Si soy la que las saetas
de Amor pudiera guardar,
¿no pudo alguna tocar
su pecho? ¿Qué te inquietas?
¿Qué tienes?

GERARDA. ¿Qué he de tener?
Mi hermano es hombre...

LISENA. Es así.

GERARDA. ¿Que te quiere tanto?
LISENA. Sí,
si bien me supo querer.

GERARDA. ¿Que esta noche ha concertado
verte?

LISENA. Y con tanta afición,
que, en prendas que de amor son,
esta sortija me ha dado;
y aunque tan pobre me ves,
cree de mis pensamientos
que a tales atrevimientos
no me moviera interés.
Amor me mueve, que estoy
perdida.

GERARDA. Gran bien me has hecho.
(Y hoy saldrá de mi pecho
su amor, a fe de quien soy;
y no será grande hazaña
que hoy salga quien hoy entró.)

LISENA. ¡Bravamente lo sintió!

(Salen BELTRÁN y FLORENCIO.)

BELTRÁN. Cosa, ¡vive Dios!, extraña,
y que si yo no la viera,
no la creyera a ninguno.

FLORENCIO. Aquí están las dos.
BELTRÁN. Si alguno
me contara esta quimera,
lo tuviera a bernardina.
¿Que ésta es Lisena, Florencio?

FLORENCIO. Quedo, Beltrán, con silencio.

BELTRÁN. Quien ama y se determina,
no habrá cosa que no intente.

LISENA. Señora, a hacer voy las camas.
GERARDA. Mejor dirás si las llamas
llamas de infierno.

LISENA. (Ap.) Bien siente.
Quiérome quitar de aquí
y dar lugar a sus celos.

FLORENCIO. Guarden tu vida los cielos.
GERARDA. Como la guarden de ti.

BELTRÁN. Oye, Inés.

LISENA. ¿Qué quiere?
BELTRÁN. Escuche.
Bien la quiero; ya me entiende.
LISENA. No puede ser.

BELTRÁN. ¿Cómo?
LISENA. Hay duende.

BELTRÁN. Y la daré...

LISENA. ¿Qué?
BELTRÁN. Un estuche.
LISENA. Barbero debe de ser.
BELTRÁN. Muy su servidor sí soy.

(Vase.)

FLORENCIO. ¿Cómo en tu desgracia estoy?
GERARDA. Di tú como soy mujer.

BELTRÁN. ¿Qué tenemos? ¿Hay capote?
¿Hay ceño? ¿Hay capa aguadera?

FLORENCIO. No ha un hora que tu bien era.
BELTRÁN. No hay paz que no se alborote
si entran de por medio celos.
¿Cuánto va que estás, Gerarda,
de la fregona gallarda
con principios de recelos?
Yo holgaría de saber
si deste enojo soy parte,
porque puedo asegurarte
con que vive en mi poder.
Este concierto hemos hecho
siempre que vamos los dos
algún camino, y ¡por Dios!,
que te hablo abierto el pecho.
El ha de hablar cuantas damas
le ofrecieron sus personas,
y con todas las fregonas
que nos hicieren las camas.

Así que Inés me ha tocado,
y es de mi jurisdicción,
y alrededor del mesón
cinco leguas...

GERARDA.

Si has pensado,
Beltrán, que en Madrid hay bo-
y que el tiempo y la fortuna [bas,
no dejaron cosa alguna,
mucho en sus leyes inovas.

Imagina que es Madrid
en la tempestad que fué
como el Arca de Noé.

BELTRÁN.

Más como el arca del Cid,
que en vez de oro tiene arena.

GERARDA.

De cada género tiene
dos animales.

BELTRÁN.

Más viene
a estar de animales llena;
que los conejos del Parque
se suben hasta San Juan.

GERARDA.

Cosas que en el arca están
es justo que el tiempo embarque.

Hay dos discretos, dos necios,
dos ricos, dos mendigantes,
dos sabios, dos ignorantes,
dos altos, dos bajos precios,

dos túes, dos señorías,
dos grandes y dos pequeños,
dos gordos y dos cenceños,
dos palomas, dos arpías,

dos legos, dos estudiosos,
dos jardines, dos desiertos,
dos con ojos y dos tuertos,
dos sucios y dos curiosos,

dos damas y dos fregonas,
para que, en pasando el agua,
haya sin ir a la fragua
aquellas mismas personas.

Tú, Beltrán, no has de pensar
que soy de las bobas yo:
Florencio no me engañó,
pero quisome engañar.

Y si es que las ocasiones
te dan las damas, sin duda
que, pues de damas se muda,
trocastes jurisdicciones.

OTRO.

Ya Florencio en tu afición
tiene tanta señoría,
que, como chancillería,
se entra en tu jurisdicción.

Dile que siendo galán
de las damas, que no es justo
que fregonice su gusto,

pues es tu oficio, Beltrán,
que Inés no es lugar que cae
cinco leguas del mesón;
pues de tu jurisdicción
hoy a la suya la trae.

Esta noche ha concertado
tener su lado de Inés,
y por prenda, si lo es,
una sortija le ha dado.

Pues quien me ha de amar a mí
no ha de tener pensamientos
de tan bajos fundamentos
ni ha de humillarlos así.

Quien tanta gala pregona
y me llama su mujer,
una estrella no ha ver,
cuanto y más una fregona.

¡Jesús, qué asco! ¡Qué infame
gusto! ¡Qué sucio deseo!
¡Qué vil amor! ¡Qué trofeo
tan bajo!

BELTRÁN.

¡Quedo! No llame
vuesa merced tales nombres
al buen gusto de Beltrán,
porque es creencia en que están
muchos muy discretos hombres.

FLORENCIO.

Calla, Beltrán, que si vuelves
por ellas, ha de pensar
que es mi gusto.

BELTRÁN.

¿He de callar,
cuando a callar te resuelves,
tocándome en las dos niñas
de los ojos? ¡Vive Dios!,
que hay fregonas más de dos
sin las bordadas basquiñas,
sin el manto soplonesco,
sin el garbo ni el chapín,
con el tranzado garbín
y el delantal blanco y fresco,
que van vendiendo cuajada,
más que nieve y que tomillo,
porque aquel amor sencillo
es lo que al buen gusto agrada!

¿Qué faldellín de persona
grave iguala en nieve y flores,
al ver en paños menores
una cándida fregona?

¿Para qué puede ser bueno
al marido ni al galán
brindalle con solimán,
que es, en efeto, veneno?

GERARDA.

Beltrán, yo digo que Inés
y otras fregonas de aquí

serán pavos para ti,
pero mírales los pies;
que yo conozco un discreto
que esa rueda deshacía
luego que los pies les vía,
que es espantoso defeto.

Cuando pinta algún pintor
al demonio, ya después
que ha hecho el rostro, en los pies
pone el quién es, como autor.

Pues ¿qué piensas tú que son
fregonas? Diablos pintados.

BELTRÁN. Esas llevan mis cuidados,
y no damazas de don.

GERARDA. Al tinte güele, Beltrán,
quien tiñe; al olio el pintor;
a la pesca el pescador,
el que curte, al cordobán;
las fregonas, al fregado.

BELTRÁN. ¿Y no es pastilla mejor
que el artificial olor,
el melindre y el cuidado?

Ahora bien: cuando de todas
digas mal, déjame a Inés.

GERARDA. ¿Qué, en fin, Beltrán, tuya es?

BELTRÁN. Y esta noche son las bodas.

GERARDA. ¿Cómo? ¡Si ella me ha contado
que mi hermano la requiebra!

BELTRÁN. Florencio, el cuento celebra:
que soy su hermano ha pensado.

FLORENCIO. Si tu hermano dijo, advierte
que piensa que lo es Beltrán.

GERARDA. Mal en hombre tan galán
pensamientos desa suerte
pudieran caber. Yo digo
que engañada me enojé,
y si en tu disgusto hablé,
humilde espero el castigo,
aunque mejor lo tomaba
de esos brazos, en el cuello.

FLORENCIO. Son de amor la firma y sello
en que obligarse declara.

(Al abrazarse, sale LISENA.)

LISENA. ¡Ay de mí!

BELTRÁN. Lisena es.

(Pase BELTRÁN delante fingiendo que no la conoce.)

Delante ponerme quiero.

Inés, ¿qué, en fin, soy barbero?

¿Qué, en fin, soy barbero, Inés?

LISENA. Déjame pasar, desvía.

BELTRÁN. Un abrazo me has de dar.

LISENA. Déjame, Beltrán, mirar
celos por tu celosía.

Déjame, pues me conoces.

BELTRÁN. ¿Celosía yo? ¿Y qué tal
de ébano de Portugal?

¿Beltrán!

LISENA.

BELTRÁN. Inés.

LISENA. Daré voces.

BELTRÁN. ¿Qué importa que tú las des?

LISENA. ¿Ya no importa? ¡Triste caso!

BELTRÁN. Gerarda, guárdame el paso,
que quiero abrazar a Inés.

GERARDA. Abrázala, que aquí estoy;
mas págame en otro tanto.

LISENA. De lo que sufro me espanto.

FLORENCIO. ¿Eres mía?

GERARDA. Tuya soy.

LISENA. Tuya soy.

BELTRÁN. ¿Que tú eres mía?

LISENA. No digo a ti.

BELTRÁN. ¿Cómo no?

Tuya soy, dijiste.

LISENA. ¿Yo?

Lo que escuché repetía.

Déjame pasar, Beltrán.

GERARDA. Florencio, tú eres mis ojos.

LISENA. Tú eres mis ojos.

BELTRÁN. ¿Qué enojos

tus ojos no quitarán?

¡Tú eres mis ojos me dices!

LISENA. No soy Inés.

BELTRÁN. Loca estás.

¿Cómo que no eres Inés? (1)

FLORENCIO. Sola te quiero.

GERARDA. Y lo creo,

porque lo merezco yo.

LISENA. ¿Sola te quiero? Eso no;

cuando yo, traidor, te veo.

¡Sola te quiero!

BELTRÁN. Mi Inés,

¿qué, en fin, sólo me has querido?

LISENA. ¡Beltrán, que pierdo el sentido!

Lisena soy, ¿no lo ves?

FLORENCIO. Sin ti no vivo.

LISENA. ¿Esto sufre

el cielo? ¡Oh rigor eterno!

¡Oh celos, color de infierno,

(1) Este y los dos versos anteriores están muy alterados, pues no riman entre sí para formar redondilla.

llama azul de piedra azufre!
¡Sin ti no vivo!

BELTRÁN. ¿Es posible
que sin mí no vives ya?

LISENA. De los requiebros de allá
soy, Beltrán, eco insufrible.

Respondo al postrer acento
a la voz de aquel Narciso
que entre aquesta fuente quiso
volver mi espíritu en viento.

BELTRÁN. ¿Qué fuentes? ¿Cómo no ves
que no hay fuentes en Toledo?

GERARDA. Vamos, mi bien.

(Vase GERARDA y FLORENCIO y quedan BELTRÁN y
LISENA.)

LISENA. ¡Buena quedo!

BELTRÁN. Sosiégate un poco, Inés.

LISENA. Al fin, infame alcagüete,
capa y manto de los dos,
se me escaparon por vos.

BELTRÁN. ¿Y es mal oficio ir a Huete?

No hay cosa de más primor
que ser alcagüete o capa,
mayormente cuando tapa
gustos y celos de amor.

Los árboles, ¿no son buenos?

LISENA. Buenos son.

BELTRÁN. Pues ¿quién encubre
más que un bosque, hasta que octu-
seca sus troncos amenos? [bre
El cielo, ¿es bueno?

LISENA. Pues ¿no?

BELTRÁN. Pues cuando el sol se le va,
¿quién encubre cuanto está
debajo dél? Luego yo
soy aquí su semejante.

La noche, que es capa y manto,
llama a su silencio santo;
las manos encubre el guante;
al cuerpo encubre el vestido,
el zapato cubre el pie,
el dosel, al rey que fué
majestad de su apellido.

La bolsa cubre el dinero,
el retrato, la cortina;
a los diamantes, la mina;
la cubierta, al marinero;
el solimán, los defetos
de la cara de las damas;
si esto es así, ¿por qué infamas
a quien encubre secretos?

LISENA. ¿Cómo, Beltrán, cuatro días

de ausencia a Florencio han puesto
de tal suerte, y descompuesto
las obligaciones mías?

¿Cómo, Beltrán? ¿No era ayer
la que en Granada le vi
llorar más tierno por mí
que la más tierna mujer?

¿Cómo, Beltrán, un hidalgo
miente y llora; vende, infama
una mujer que lo llama
su bien?

BELTRÁN. De juicio salgo,

con ver lo que beltraneas,
Lisena; si he de dejar
de llamarte Inés, y hablar
en las cosas que deseas,

oye, mira que le has dado
para mudanza ocasión;
que mudanzas siempre son
como el son que se ha tocado.

¡Cuerpo de tal! La mujer
que quiere, no dé lugar
a que otro la pueda hablar.
¿Cómo pueda hablar? Y aun ver.

Sírvete Estacio, y tú gustas
del servicio y del favor;
y tras ser competidor
(cosas en buen trato injustas),

préciase de bravo y viene
a echarnos ya de su calle,
y quieres que el otro calle
las ocasiones que tiene.

Viene huyendo de Granada
por ti, y a sus padres deja,
y tú, con graciosa queja,
dices que has sido olvidada.

¿Qué respondes?

LISENA.

Que aunque hubiera
dado a Florencio ocasión,
porque, en fin, sus celos son
autores de esa quimera,
el venir como he venido,
infamando mi linaje,
y el servir en este traje,
la culpa hubiera vencido.

¡Ah, Beltrán! Di tú que viste
a la amiga de Gerarda,
moza de Madrid, gallarda,
y a Florencio persuadiste,
porque hallaste gusto aquí,
y no digas que yo he sido
causa de su injusto olvido.

BELTRÁN. No me conoces tú a mí.

¡Vive Dios, que si el pincel
de naturaleza agora
pintara alguna señora
cuanto el cielo puso en él;
si le dieran los colores,
el sol, piedras tan preciosas,
los cristales y las rosas
y el divino olor las flores;
si el entendimiento aquellos
espíritus celestiales;
si los labios los corales
y verter perlas por ellos,
no me pudiera obligar
a un escrúpulo una dama
de amor! ¿Yo, Lisena, dama?
¿Yo querer tierno y amar?
¿Yo escribir borracherías?
¿Yo andar con cintas y enredos?
¿Yo con celos, yo con miedos?
¡Ah, santas fregonas mías,
volved por vuestro derecho!
¡Vive Dios! Si me afrentaras
con cuantos nombres hallaras,
si me pasaras el pecho,
si me hicieras una afrenta
pública, si me escribieras
libelos, no me ofendieras
más, ni quien mi agravio intenta,
que con decirme que quiero
mujer de manto. Es verdad
que me muestra voluntad
y respondo lisonjero;
¿pero yo interés ni amor?...
Quédate con Dios, Lisena,
que me has dado mucha pena.

(Vase BELTRÁN.)

LISENA. Oye, espera. ¿Hay tal rigor?
¿Desdichada suerte mía!
Todo me deja. ¿Qué haré?,
pues ya no es cosa que esté
en el lugar que solía.
¿Ah, traidor! ¿Qué disimulas?
Yo conozco bien tus tretas.

(Sale CARRILLO, ALFÉREZ, y de camino, FINEO, ca-
ballero.)

FINEO. Haz que guarden las maletas
y den recado a esas mulas.

ALFÉREZ. Como os vi pasar, Fineo,
apenas os conocía.

FINEO. Habéisme hecho cortesía

y pagado mi deseo
en llamarme.

ALFÉREZ. Bueno estáis;
no pasa día por vos.

FINEO. Pues no es gusto, que, ¡por Dios!,
que hay más mal del que pensáis.

ALFÉREZ. ¿Hay gusto como encontrarse
dos amigos caminando?

FINEO. ¿Y dónde vais?

ALFÉREZ. Voy gastando
tiempo que no ha de cobrarse.
Voy a hacer gente.

FINEO. ¿Con quién?

ALFÉREZ. El Capitán Acevedo
me lleva consigo.

FINEO. Puedo
daros deso el parabién,
que es gran amigo, y un hombre
de valor.

ALFÉREZ. Vos ¿dónde vais?

FINEO. Hay mil cosas que sepáis.

ALFÉREZ. Ya no hay cosa que me asombre.

FINEO. ¿No nos darán aposento?

ALFÉREZ. Aquí está dellos la llave.

FINEO. ¡Brava fregatriz!

ALFÉREZ. Suave.

FINEO. Déjale asir.

ALFÉREZ. Es un viento.

Al Capitán ha vencido.

No quiere salir de aquí.

Hase fiado de mí,

y estoy por ella perdido.

Veremos aquí los toros,
que ha de ser fiesta famosa.

FINEO. ¡Bella labradora!

ALFÉREZ. Hermosa

y limpia como mil oros.

FINEO. Si la quiere el Capitán
y el Alférez, yo querría
servir en su compañía.

ALFÉREZ. No sé, ¡por Dios!, si os querrán,
que es hosca como un novillo.

FINEO. ¡Ah, mi reina! ¿De qué está
triste?

LISENA. En eso ¿qué le va?

FINEO. Quiere el Alférez Carrillo,
tan tierno a vuesa merced,
que, como amigo, querría
merecer su cortesía
y que me hiciese merced.

LISENA. Este aposento es famoso.
¿Sois solo?

FINEO. Solo he de estar.

LISENA. Yo le voy a aderezar.
 FINEO. ¡Qué gallardo talle!
 ALFÉREZ. ¡Airoso!
 Y antes, ninfa, que os entréis
 me decid de qué estáis triste.
 LISENA. De que hay hombres.
 FINEO. Si consiste
 en alguno que queréis
 que no os paga como es justo,
 escoged, que otros habrá.
 LISENA. Ninguno gusto me da.

(Vase.)

FINEO. Tenéis estragado el gusto.
 ALFÉREZ. ¿Es buena?
 FINEO. Como mil perlas.
 ALFÉREZ. Ya estamos solos. Decid
 lo que os saca de Madrid.
 ¿Son fiestas?
 FINEO. No vengo a verlas.
 ALFÉREZ. ¿Pues a qué?
 FINEO. Sigo una dama.
 ALFÉREZ. ¿Haos engañado?
 FINEO. Tal vez.
 Que venía a Aranjuez,
 echó entre sus deudos fama.
 Salí, seguila y busqué
 sus huertas.

ALFÉREZ. ¿Y estaba en ellas?

FINEO. No.

ALFÉREZ. Mil cosas cuentan dellas.

FINEO. Las que yo he visto os diré.
 Grandes maravillas tiene
 el católico Filipo,
 aumentadas en España
 de su agüelo y padre invicto,
 y si maravillas fueran
 personas como edificios,
 diera primero lugar
 a sus soberanos hijos;
 el templo del Escorial
 maravilla octava ha sido,
 desde nuestro polo al Austro
 y del ocase a Calisto.
 Tienen Toledo y Segovia
 dos alcázares altivos;
 Madrid, su rico palacio,
 de pintura y cuadros rico;
 pero, dejando estas cosas,
 dadme por un rato oído,
 y veréis a Aranjuez,
 puesto que es mapa su sitio.

A Vaciamadrid llegué;
 Dios me libre de haber ido
 a Vaciamadrid de noche;
 que no le tengo por limpio.
 Allí vi el rico palacio,
 con linda vista de ríos;
 perdone la casa antigua,
 ruina del tiempo antiguo;
 que mejor saben las damas
 su mala traza y abrigo.
 Partí a Arganda, y vi la quinta
 del embajador; prosigo,
 y en San Martín de la Vega
 duermo.

ALFÉREZ. Aténgome al del vino.

FINEO. A la barca de Bayona
 madrugo, y atento miro
 los diques en medio el agua,
 contra su curso excesivo.
 Llego, por fin, a Aranjuez,
 paso el palenque y admiro
 en la huerta Totipela
 tantos árboles distintos.
 Cermeños, melocotones,
 albérchigos y membrillos,
 avellanos y nogales,
 peros, duraznos y guindos.
 Veo la puente del Tajo,
 Tajo que el nombre latino,
 a pesar del fiero moro,
 conservó por tantos siglos,
 por cuya causa en su iglesia,
 Toledo en aljibes fríos
 le deja entrar como a hidalgo
 de cuatro costados limpio.
 Por la calle de Toledo,
 que así se llama, partimos
 aquel estanque o mar Tonta.

ALFÉREZ. ¿Mar Tonta?

FINEO. Es su nombre mismo.

Muchos tenidos por sabios
 vi en sus ondas sumergidos,
 y convertidos en cisnes
 los confiados por lindos;
 los que prestan, los que fian,
 los graves y los remisos,
 los que casan pobremente,
 los avarientos y ricos,
 los mordaces, los que enfadan,
 los cortos y los prolijos.

ALFÉREZ. Cisnes son de la mar Tonta

mil pretendientes altivos.

FINEO. Notable es aquel palacio,

una justa literaria,
y pues picáis de poeta,
al premio escribir podéis.
FINEO. ¿Qué sujetos?
ALFÉREZ. Más de seis.
FINEO. ¿Hay glosa?
ALFÉREZ. Y un pie que aprieta:
"De Dios es insigne hazaña (1)
que al mar de Austria se remita,
pues el nácar Margarita
pare una perla en España".
FINEO. El tercero y el primero
tienen más dificultad.
Entro a descalzarme.

ALFÉREZ. Entrad;
que hablando a Inés os espero.

(Vase FINEO, y sale LISENA.)

LISENA. ¡Ah, mi Inés! ¿No quiere ser
vuesa merced cosa mía?
Para mi melancolía
venís. Dejadme barrer.
ALFÉREZ. Inés, que, como el aurora,
pudieras barrer estrellas,
pues en esas manos bellas
tal luz del cielo atesora,
vente conmigo a la guerra,
toma las armas, Inés,
y verás...

LISENA. ¡Quedo!, después,
cuando la noche se cierra,
me podéis venir a hablar,
que ya sabéis mi aposento;
que de día no consiento
ni doy a nadie lugar,
porque el huésped no querría
que supiese esta flaqueza.

ALFÉREZ. Hoy a tu mucha belleza
iguales tu cortesía.
Fiado de tu palabra,
voy a rogar a los cielos
cierren al día los velos
y que nunca el sol los abra.

(Vase.)

LISENA. Nunca Dios te dé salud,
ni a ese necio Capitán.
¡Buenos mis negocios van!
Arded, celosa inquietud;

(1) En el original dice, por errata: "y luego acabe". La corrección es de Hartzenbusch.

matadme el pecho, romped,
salga el llanto por los ojos,
destilense mis enojos,
arded, corazón, arded.
Arded, triste corazón,
para que, siendo alquitara,
vierta el agua por la cara
venenos de su pasión.
Arded, sin cesar de arder,
y aunque es mi muerte abrasarme,
valedme vos con matarme,
pues yo no os puedo valer.

(Salen GERARDA y LUCRECIA.)

GERARDA. ¡Oh, Inés, gran mal!
LISENA. ¡Ay de mí!

GERARDA. ¿Qué os puede haber sucedido?
Un forastero ha venido,
para mi desdicha aquí.

LISENA. Si me ve, soy muerta, Inés.
¿Por qué, siendo vuestro hermano
Florencio?

GERARDA. Ya encubro en vano
mi desdicha: no lo es.

LISENA. ¿Y eslo por dicha el que viene,
que estáis muy emparentada?

GERARDA. Soy, Inés, muy desdichada;
diferente deudo tiene.

Esta noche has de esconderme;
que éste sin duda se irá
por la mañana.

LISENA. (¿Si ya
quiere el amor socorrerme?)

Yo tengo en el corredor
desocupada una cuadra
que para secreto os cuadra;
en ella estaréis mejor;
por de fuera os cerraré,
y en dando el tiempo lugar
os llevaré de cenar.

GERARDA. ¿Diráslo, Inés?

LISENA. No podré,
que me va en callar la vida.

LUCRECIA. La nuestra queda en tu mano.

LISENA. Entrad quedo. ¡Oh, soberano
cielo! ¡Esperanza cumplida!

(Entranse las dos, y salen LUCINDO y RISELO.)

RISELO. Yo le hablé de vuestra parte,
y dijo que la hablaría.
Aquí está Inés.

LUCINDO. ¡Inés mía!

edificio peregrino.
 Galerías, salas, cuadras,
 mármoles y jaspes lisos,
 la capilla y corredores
 y aquel retablo divino
 del Ticiano, y el reloj,
 de tan notable arteificio;
 las huertas de los franceses,
 donde de murta vestidos
 mil músicos vi tañendo,
 imagen de los de oficio,
 que no tienen los que cantan
 alma, gusto, ni sentido.
 Vi mil galeras de hierba,
 toros, perros, cocodrilos,
 pájaros y cazadores,
 culebras y basiliscos;
 la huerta de las moreras,
 donde, con soberbios picos,
 vi coronados pavones
 llenos de plumajes ricos.
 A la no acabada puente,
 fuí del Tajo cristalino,
 y al embocada del agua,
 caracol y laberinto.
 A la casa de las vacas
 fuí con igual regocijo,
 y por doce verdes calles
 a la plaza vuelta dimos,
 a cuya sazón pasaron
 siete camellos asirios
 que en España, aunque son de Asia,
 están sirviendo a Filipo,
 que es rey de Jerusalén
 y muestra que cuarto o quinto,
 librará la ciudad santa
 y el gran sepulcro de Cristo.
 Vide, al fin, tras destas cosas,
 las bodas de los dos ríos,
 porque allí son para en uno
 sin firma del arzobispõ.
 No os encarezco las fuentes,
 ya en mármoles, ya en castillos;
 los tiros de agua, las burlas,
 ninfas, sátiros y niños;
 y aquellas calles de flores
 donde iba a hacer ejercicio
 la serenísima Infanta (1),
 primavera deste sitio;
 que a donde puso los pies,

(1) Doña Ana de Austria, después reina de Francia.

puesto que fuese el estío,
 nacieron rosas de nacar,
 como de Venus se dijo.
 Allí está el blanco jazmín
 y el oloroso junquillo
 con la pálida retama,
 el adonis y el narciso.
 Allí el pinte azul y rojo,
 la salvia, el cárdeno lirio,
 el alhelí como jaspe,
 los claveles y el citiso,
 y el agua, que asierra piedras,
 y ciertos pájaros indios
 con dos borlas coloradas
 sobre unas gorras de rizos;
 se llaman zaidas, sin ser
 descendientes de moriscos.
 Pero ¿qué me meto en aves,
 o sus diferencias pinto,
 ni en proseguir el retrato
 del segundo paraíso?
 Baste dar fin a esta cifra
 con decir que fué edificio
 de aquel soberano padre
 del nieto de Carlos quinto.

ALFÉREZ. Puesto me habéis más deseo.
 Seis días no pasarán
 sin verle.

FINEO. Id presto, que están
 en él los bronces que veo,
 y los mármoles que os digo.
 No estaba mi dama en él.
 Dejá, Alférez, el vergel,
 y el camino a Illescas sigo,
 donde tampoco las hallo.
 Supe esta fiesta de acá,
 y vengo a ver si aquí está,
 con lo que yo siento y callo;
 que os prometo que estoy loco.

ALFÉREZ. Ahora bien: dejad la pena,
 que hay ocasión harto buena
 para divertirla un poco.
 En ese aposento entrad,
 quitaos espuelas y botas,
 que desembarcan mil flotas
 de damas en la ciudad,
 a ver la famosa fiesta,
 que hay rejones y lanzadas;
 y las penas ocupadas
 siempre son menos molestas.
 Naturaleza, por varia,
 más hermosa suele ser.
 También dicen que ha de haber

LISENA. ¡Por Dios, que ando a buscarte!

LUCINDO. ¿Cómo has hablado a Gerarda?

LISENA. A las dos, Lucindo, hablé por los dos.

RISELO. Discreción fué.

LUCINDO. ¿Y qué responden?

LISENA. Aguarda
que aquesta noche os quedéis a dormir en el mesón y os harán conversación desde las doce a las seis.

LUCINDO. ¿A dormir? Pues ¿de qué modo?

LISENA. Dándoos aposento yo; que Gerarda lo trató de aquesta manera todo.

RISELO. Pues no habemos de dormir sin en su aposento entrar; dondequiera habrá lugar.

LISENA. Pues los dos os podéis ir, y al Capitán rogaréis que os convide a cenar.

RISELO. Vamos.

LUCINDO. ¡Gallarda noche esperamos!

LISENA. Mañana me lo diréis.

(Vanse, y sale FINEO.)

FINEO. Cosas extrañas suceden; algunas parecen sueños, tales, que los mismos dueños menos entenderlos pueden.

Vine siguiendo a Gerarda con muy celosa pasión, y vide en este mesón una villana gallarda

que me ha puesto más antojos que a un caballo desbocado, con que no poco he templado la furia de aquellos ojos.

Esta noche, por lo menos, quiero ver... Pero aquí está.

LISENA. Este es quien buscando va aquellos ojos serenos.

¿No agrada a vuesa merced el aposento?

FINEO. ¡Por Dios, que harto más me agradáis vos!

LISENA. Hacéisme en eso merced.

FINEO. Solá esta noche he de estar en Toledo.

LISENA. Así lo creo.

FINEO. Quiéroos contar un deseo.

LISENA. Voy a guisar de cenar.

FINEO. Esta noche ¿no tendréis lugar para que os lo cuente?

LISENA. ¡Jesús! Y aunque fuesen veinte.

FINEO. Pues, Inés, ¿dónde estaréis?

LISENA. En pasando la cocina, a mano izquierda es mi estancia.

FINEO. Sí, es la señal de importancia.

LISENA. A lo seguro camina,

mas yo fío más de vos.

Ved lo que en el mundo pasa;

pero no entiendan en casa, señor, que hablamos los dos.

Id, que a las doce sin duda

entrará en vuestro aposento

este humano pensamiento,

que de pensamientos muda.

FINEO. ¿Posible es que un mesón haya tan bella mujer?

Mas nuestro común placer aumenta la estimación.

Las cosas bajas hermosas tienen vil precio y estima.

Hasta declarar la enima

sólo se estiman las cosas.

LISENA. Mil cosas he prometido, y para esta noche todas.

¿Quién será de aquestas bodas el celebrado marido?

El Capitán ya me aguarda,

y el Alférez ya me espera,

y aquí dice que le quiera

este galán de Gerarda.

A Lucindo y a Riselo

he prometido a los dos;

noche, remedialdo vos;

tended, noche, el negro velo.

Que, puesto que hasta mañana

sólo tengo de lugar,

a fe que se han de acordar

de la noche toledana.

ACTO TERCERO

(Salen BELTRÁN, FLORENCIO y JULIO.)

FLORENCIO.

¿Qué dices, Julio?

JULIO.

Que os conviene, digo, salir de la ciudad, porque en la plaza

vi un receptor de la chancillería
preguntar por Florencio de Granada.

BELTRÁN.

Sin duda que aquel hombre está en peligro,
o que ya no le tiene, o será muerto.
¿Requisitoria viene tras nosotros?

FLORENCIO.

Mayor será para los dos si agora
de la ciudad salimos.

BELTRÁN.

¿Por qué causa,
siendo, cual veis, las nueve de la noche,
y haciéndola tan lóbrega y oscura?

FLORENCIO.

Porque podrá toparnos la justicia,
que ya estará avisada, y el ser tarde
es lo más peligroso.

BELTRÁN.

Llama al huésped.

FLORENCIO.

Al fin del día, al comenzar la noche,
que es el tiempo de todos más seguro,
que como entonces se recogen todos,
es más la confusión, el trato y gente.

(Sale el HUÉSPED.)

JULIO.

El huésped está aquí.

FLORENCIO.

Salte allá fuera.

(Vase JULIO.)

Huésped, con hombres que del mundo saben,
que han sido tan de bien y tan de hecho,
bien puede un hombre honrado declararse.

HUÉSPED.

¿En qué os puedo servir?

FLORENCIO.

Estadme atento.

Yo di en Granada a un hombre cierta herida,
de que a peligro estuvo de ser muerto;
requisitoria dicen que ha venido;

para salir de la ciudad es tarde.
¿Hay en casa aposento donde pueda
esconderme esta noche?

HUÉSPED.

Este de enfrente
tiene a la Concepción unas ventanas,
o al Carmen, si queréis; que sin peligro
daréis en un tejado de otra casa,
y della en un corral, y deste al campo,
por donde entrar podréis al monasterio.

FLORENCIO.

Pues, ¡alto!, en vuestro amparo me confío.

BELTRÁN.

Huésped, ¿es este salto de peligro?

HUÉSPED.

Es muy fácil, ¡por Dios!

BELTRÁN.

Por eso digo,
que no soy muy ligero; y pues el cielo
no me dió cara de ángel, no querría
hurtalles el oficio.

FLORENCIO.

Abrilde, huésped.

HUÉSPED.

¿Inés? ¿Oyes, Inés?

(Sale LISENA.)

LISENA.

En comenzando
a dar en mí, no sabes otro nombre.
¿Válame Dios!, ¿no llamarás a otra?
¿Parécete que estoy poco cansada,
de guisar a mil huéspedes la cena?

HUÉSPED.

Abre aquel aposento.

LISENA.

¿Cuál?

HUÉSPED.

¡Qué espacio!

Muestra esas llaves.

LISENA.

No está aquí la suya.

HUÉSPED.

¿Cómo que no?

LISENA.

Perdióse.

HUÉSPED.

Pues ¡presto!... (1)

LISENA.

¿Para qué quieres éste? ¿Allí no hay otros?

HUÉSPED.

¡Este ha de ser, rapaza, no repliques!
Entrad, que camas hay; y si sintiéredes
que llama la justicia a la ventana,
dad con vuestros cuerpos en el Carmen.

FLORENCIO.

Fiad, huésped, de mí, que lo agradezco.

BELTRÁN.

Esto del salto llevo entre los ojos.

HUÉSPED.

Yo iré, entre tanto, a ver si alguno atisba.

BELTRÁN.

¿Qué, tengo de saltar?

FLORENCIO.

¡Entra, si quieres!

BELTRÁN.

¡Por Dios, Florencio, que si está muy alto,
que te he de ver primero dar el salto!

(Vanse todos, y quédase LISENA.)

LISENA.

¿A quién habrá sucedido
desventura semejante?
Pues cuando estaba segura
de que me ofendiese nadie,
y esta noche en que mis celos
temí que fuesen verdades,
encerrada a mi enemiga,
sin ser posible enojarme,
dentro del mismo aposento
los mete el huésped infame;

(1) Verso incompleto. Hartzenbusch lo completó así:

Aquí está. Presto.

aunque no, que está inocente,
y que están dentro no sabe.

Yo misma fuí la ocasión
para que allí dentro entrasen,
por estar yo más segura,
trayendo siempre las llaves.

Sin duda que fué temor
de la justicia, y por darles
apósito que, en fin, tiene
por donde a sagrado escapen,
los ha juntado a los cuatro,
de mi desdicha ignorante.

Juntos están, ya están juntos:
lugar tendrán de gozarse.

¡Celos, amor, matadme,

pues di las llaves y ocasión tan grande
que Florencio y Gerarda se gozasen!

¡Válame Dios! ¿Cómo vivo
imaginando mis males,
cuanto y más viendo presentes
desventuras tan notables?

¡Florencio y otra mujer!

¡Y que esto a mis ojos pase,
que estén en un aposento;

que se gocen, que se abracen!

¡Que lo sepa, que lo vea,

que lo consienta, que calle!

¡Que no dé voces al cielo,

que no diga disparates!

¡Que no llegue, como loca,
y aunque fueran de diamante,

no rompa estas puertas viles,

que no entre y no los mate!

¡Celos, amor, matadme,

pues di las llaves y ocasión tan grande
que Florencio y Gerarda se gozasen!

Traidor Florencio, yo soy

Lisena; si por dejarme

te disculpas con mis celos,

¿por qué de engaños te vales?

Siempre te quise, cruel;

no me enseñes a olvidarte.

Tú fuiste mi amor primero;

no he querido después ni antes.

¡Ay, cielo! Temblando estoy.

¿Si habrán venido a llegarse?

¿Si se habrán ya conocido?

¿Si ella querrá que la abrace?

¿Si callarán, escondidos,

porque Gerarda no sabe

quién entra, y de que es Gerarda

está Florencio ignorante?

¡Ah, terrible confusión!

Mas ¿quién duda que se hablen?
Que alguno ha de hacer ruido,
y el otro ha de preguntalle.
Ya, por la respiración,
dirá con recelos tales

Florencio: ¿Quién está ahí?",
con alterado semblante.

Gerarda, oyendo su voz,
¿cómo es posible que aguarde?
Que anticipan a la lengua
los brazos de los amantes.

Pues ¿cómo, desdichas mías,
queréis que os sufra y que pase
porque se gocen los dos?

Mas yo haré que no se alaben.

¡Agora os haré pedazos,
puertas, que mal fuego abrase,
porque sea con mi muerte

Sansón deste templo infame!

¡Caed, caed, matadme,

pues di las llaves y ocasión tan grande
que Florencio y Gerarda se gozasen!

(Sale el CAPITÁN ACEVEDO.)

CAPITÁN. ¡Ah, señora Inés!

LISENA. ¡Esto sólo

a mi desdicha faltaba!

CAPITÁN. Apenas la noche entraba
por donde se ausenta Apolo,
cuando esperé que vinieras;
has tardado, y son las diez...

LISENA. ¿No se acaban de una vez
desdichas que son tan fieras?

¿Qué le diré? Pero, ¡ay, cielos!,

¿si será bien? ¿Si será...?

Este, antídoto dará
al veneno de mis celos.

Capitán, este aposento
quisiera desocupar,
que no hay en otro lugar,
y sólo un remedio sienta.

CAPITÁN. ¡Vive Dios, si fuera el muro
de Amberes o de Matrique!...

LISENA. ¡Quedo! La industria se aplique,
que es ir a lo más seguro.

Venid conmigo, y diréis
que la justicia está aquí.

CAPITÁN. ¿Disfrazaréme, o así?

LISENA. Mejor es que os disfracéis.

CAPITÁN. Pues vamos, que si gustaras,
que a coces por tu contento
derribase el aposento...

LISENA. Créolo; mas ¿no reparas
que te dolerán los pies?

CAPITÁN. ¡Por Dios, que tienes razón!

LISENA. ¡Qué soldado fanfarrón!

CAPITÁN. ¡Qué fresca y qué limpia Inés!

(Entranse, y salen FLORENCIO y GERARDA.)

FLORENCIO. Apenas puedo creer
que eres tú, bella señora;
aunque el alma que te adora
me ha dado luz para ver.

GERARDA. ¡Ay, Florencio! ¿De qué suerte
en este aposento entraste?

Sin duda, a Inés sobornaste.

¡Oh, cuánto me alegra el verte!

¿Eres tú? Apenas lo creo.

(Entra BELTRÁN, tentando.)

BELTRÁN. ¡Ce, Florencio! ¿Dónde estás?

FLORENCIO. ¡Quedo! ¿Qué voces que das!

GERARDA. ¡Beltrán!

BELTRÁN. Ni te hallo, ni te veo.

GERARDA. Por aquí, ven por aquí.

BELTRÁN. ¿No sabes lo que ha pasado?

En un rincón he topado

otra sombra.

GERARDA. ¿Cómo así?

BELTRÁN. Ella hacia mí se venía,
tentando por la pared;
yo, Gerarda, con la red
de la cama me encubría;

Púsome en la limpiadera,
digo en la barba, la mano;

no sé si parezco alano,

mas díjome si lo era.

Descuidóse hacia la boca
un dedo; apreté, y está
llorando.

GERARDA. ¿Estaba loca? (1)

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¡Maldito seas, Beltrán!

¡Qué pesadas burlas tienes!

BELTRÁN. ¡Quedo!, y mira cómo vienes.

LUCRECIA. ¿Adónde están?

BELTRÁN. Aquí están.

LUCRECIA. ¡Qué escuridad de aposento!

GERARDA. Mi bien, ¿cómo entraste en él?

(1) Faltan dos medios versos para formar redondilla.

¡Vive Dios, que está muy alto!
Haz cuenta que el perro salta
por la mala tabernera.

FLORENCIO. ¡Gran gente suena allá fuera!
BELTRÁN. La cárcel no está tan alta.
Creo que es menor el daño
de irme a la cárcel a pie.

FLORENCIO. ¡Salta, acaba!
BELTRÁN. Saltaré.
¡Vive Dios, que estás extraño!
“¡Noche bella toledana,
pierdan su fama contigo
las noches áticas!”

FLORENCIO. ¿Digo
que nos prendan?

BELTRÁN. Cosa es llana;
que soy pesado, ¡por Dios!,
para danzar saltarélo.

FLORENCIO. Pues yo ya salto.

BELTRÁN. Yo apelo;
pero saltemos los dos;
que la vida es del amigo.
¿Hay quien la quiera tomar,
de dos la una?

FLORENCIO. ¡Qué azar!
¡Salto!

BELTRÁN. Dios vaya contigo.

GERARDA. Abre, y hallaránnos solas.

BELTRÁN. Saltaré.

LUCRECIA. ¡Buen gobierno! (1)

BELTRÁN. ¡Que quiera un hombre al infierno
irse haciendo cabriolas!

(Vanse, como que saltan, FLORENCIO y BELTRÁN, y
sale LISENA.)

LISENA. Sosegáos, que ya se han ido.

GERARDA. ¿Quién era?

LISENA. Alguaciles son,
que buscaban un ladrón.

GERARDA. ¡Qué pesadumbre he tenido!

LISENA. ¿Saltó Florencio?

LUCRECIA. Saltó.

GERARDA. Por esos tejados van.

LISENA. ¿Sintiólo mucho Beltrán?

LUCRECIA. En extremo lo sintió.
Pero ¿quién los trujo aquí?

LISENA. Yo, por haceros placer;
y de suerte supe hacer,
que eché al alguacil de aquí.

(1) Verso incompleto. Hartzzenbusch añadió:
Saltaré antes.

GERARDA. ¡Buena suerte hemos tenido!

LUCRECIA. Envíalos a llamar
para que vuelvan a entrar.

LISENA. Luego, en cesando el ruido,
se volverán al mesón;
tú en mi aposento estarás,
y a solas con él tendrás,
Gerarda, conversación;
y Lucrecia, en el de enfrente
quiero que a solas esté.

GERARDA. ¿Dónde mi Florencio fué?

LISENA. ¿Sientes mucho verle ausente?

GERARDA. ¡Ay, Inés: haz de manera
que le goce!

LISENA. Ven conmigo.

GERARDA. Como a mi estrella te sigo.
¡Tráeme el sol que el alma espera!

LISENA. Digo que hasta la mañana
podréis al seguro hablar.
(¡A fe que se han de acordar
de la noche toledana!)

(Vanse, y salen BELTRÁN y FLORENCIO.)

FLORENCIO.
¿Haste hecho mal?

BELTRÁN.
No tengo güeso sano.

FLORENCIO.
¿Adónde estamos?

BELTRÁN.
¿Puedo yo sabello?
¿Hay mapa de tejados en el mundo?
¿Hay carta que señale rumbo o línea
de chimeneas, ni de caballetes?
¿Hay Tolomeo, ni otro algún cosmógrafo
que trate de azoteas?

FLORENCIO.
Esta casa
me parece mesón.

BELTRÁN.
Y éslo, sin duda,
porque lo son las de esta acera todas,
desde la Concepción al Carmen.

FLORENCIO.
Creo
que es palomar aqueste, o gallinero.

BELTRÁN.

Yo pienso que en algún tejado destos
hay alguna colmena.

FLORENCIO.

Y no de abejas,
sino de algunos zánganos o avispa,
que la cara, las piernas y las manos
me tienen hechas criba.

BELTRÁN.

En las narices
me ha dado un avispón un picotazo,
que me ha hecho elefante, ¡vive el cielo!

FLORENCIO.

¿Si estaremos mejor con las gallinas?

BELTRÁN.

¡Dadas al diablo!; porque entraba apenas,
cuando cerró conmigo el señor gallo,
creyendo que robarle quise alguna,
y me ha sacado un ojo con el pico.

FLORENCIO.

¿Estoy muy sucio?

BELTRÁN.

Estás como un estiércol.

FLORENCIO.

¿Qué es aquello primero donde entramos?

BELTRÁN.

Una pocilga, de donde he sacado
tal cantidad de pulgas, que estoy muerto.

FLORENCIO.

¡Escapar de aquel perro fué milagro!

BELTRÁN.

Yo, a lo menos, no fuí tan venturoso.

FLORENCIO.

¿Mordióte?

BELTRÁN.

Traigo menos libra y media
de carne, desta izquierda pantorrilla.

FLORENCIO.

Morderte perro es seda sobre seda.

BELTRÁN.

No quiso respetar el parentesco,
que aunque parezco perro, soy hidalgo.

FLORENCIO.

¡Cruel noche, por Dios!

BELTRÁN.

Si yo creyera
al buen humor que tengo, escarmentara
de enamorarme.

FLORENCIO.

Amor, ¿qué culpa tiene?

BELTRÁN.

Amores en Toledo son muy buenos
si son de día; pero no de noche,
que hay cuevas espantosas y ladrillos,
hombres del diablo, avispa, perros, pulgas,
tejados, gallineros y alcuaciles.

(Dentro.)

¡Ladrones son, ladrones!

BELTRÁN.

¡Esto es bueno!

FLORENCIO.

¡Oh, pesia tal! ¡La casa se alborota!

(Dentro.)

¡Dame aquese arcabuz, suelta ese perro!

BELTRÁN.

Por mí lo dice; ya me sabe el nombre;
conocido nos han.

FLORENCIO.

Por aquí bajo;
en la caballeriza nos entremos,
y en saliendo algún huésped, nos iremos.

(Entranse, y quedan dentro diciendo: "ataja, por aquí
van, por aquí van", y entra FINEO, embozado.)

FINEO.

Noche: pues te llamaron los poetas
oscura y negra máscara del día,
cúbreme a mí con la tiniebla fría,

como (1) al planeta de oro que respetas.

A tus aras ofrezco las bayetas
más blancas que el flamenco suelo envía,
si de la bella Inés, tu luz y mía,
dejas que goce en horas tan secretas.

El mesón de Atalante y sus encantos
están en éste, donde me han traído
para que en él sucedan otros tantos.

Haz, noche, como a Siquis y Cupido,
sábanas y frazadas de tus mantos,
y dormirán mis celos en tu olvido.

(Sale el ALFÉREZ.)

ALFÉREZ.

Noche, que das descanso a cuanto vive,
y al son de arroyos y de fuentes duermes;
tú, que madres solícitas aduermes,
cuando tus ojos Argos apercibe;

tú, cuyo manto azul el cielo escribe
de figuras, imágenes inermes,
así jamás de su humedad enfermes,
ni el tiempo de sus céfiros te prive.

Porque goce, primero que te huyas,
de Inés, corona de tus luces bellas,
haz que me miren con piedad las tuyas;
que así la suya gozaré por ellas,
si no es que por invidia de las tuyas
contrarias se me vuelvan tus estrellas.

FINEO. Otro huésped embozado
ronda de Inés el terrero;
irme con descuido quiero,
para no le dar cuidado,
que él se quitará de aquí.

(Vase.)

ALFÉREZ. Otro huésped embozado,
que por ventura ha esperado
lo que Inés me ofrece a mí.
Pero en viéndome, se fué;
no hay de qué tener recelos,
que en mesón no ha de haber celos,
aunque el amor me los dé.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN.

Negra, desaseada, descompuesta,

(1) En el original, "así". La enmienda, que parece acertada, es de Hartzenbusch.

desafeitada noche; deslucida
de manto, y de cabellos esparcida;
envidiosa del sol, con sombra opuesta;
remisa en bienes, y en traiciones presta;
adúltera, ladrona y homicida,
disfrazada, cobarde y atrevida;
del ganado, terror; del lobo, fiesta.

Por tus mismas traiciones te conjuro,
miedos, engaños, laberintos, celos,
que me dejes gozar lo que procuro.

Así te canten buhos y mochuelos,
e igualen con el sol hermoso y puro
tu negro curso los piadosos cielos.

ALFÉREZ. Un huésped se ha levantado,
y de Inés el aposento
mira, curioso y atento.

CAPITÁN. Por la mano me ha ganado.
¿Quién este huésped será?
¿Si por dicha aguarda a Inés?

ALFÉREZ. ¿Si es el Capitán? El es.

CAPITÁN. Aquí el Alférez está.

FINEO. Por ver si aquel hombre es ido,
otra vez al puesto vengo.
¡Muy buena ventura tengo!
Basta, que dos han venido.
¿Cosa que vengan aquí
con el mismo pensamiento?
El uno me mira atento,
y el otro se viene a mí.

Quiero, por disimular,
volverme a entrar otra vez.

(Vase.)

CAPITÁN. Muchas piezas de ajedrez
comienza Inés a entablar.
Pienso que sus pensamientos
son sacar de la talega
los huéspedes con que juega,
de todos los aposentos.
¿Si está el Alférez picado?
Que, si no es mi fantasía,
a toda la compañía
Inés ha desafiado.

Sin duda que todos salen:
otros dos viniendo van;
que, rendido el capitán,
poco los soldados valen.

(Entran LUCINDO y RISELO.)

LUCINDO.

Noche serena, dulce, hermosa y clara.

RISELO.
Noche oscura, cruel, fiera, enojosa.

LUCINDO.
Encúbreme en tus alas amorosa.

RISELO.
Cúbreme, noche, a sombra de tu cara.

LUCINDO.
Mi pensamiento, con tu mano ampara.

RISELO.
Hazme Tarquino de Lucrecia hermosa.

LUCINDO.
Dame a Gerarda, noche venturosa.

RISELO.
Tu curso, noche, en mis venturas para.

LUCINDO.
Noche, tú sola amores satisfaces.

RISELO.
Noche, tú eres de amor cifra sucinta.

LUCINDO.
Tú la vergüenza y el desdén deshaces.

RISELO.
Danos el bien que tu silencio pinta.

LUCINDO.
Y en tus aras pondremos, si lo haces...

RISELO.
Carbón.

LUCINDO.
Ébano.

RISELO.
Mirra.

LUCINDO.
La pez.

RISELO.
Tinta.

LUCINDO. Gente, Riselo, hay aquí.
Florencio y Beltrán serán.

(Entra FINEO.)

FINEO. ¡Bueno, por Dios! Cuatro están,
y por dos solos me fuí.
Pues no me quiero volver;
a esperalla me resuelvo,
que hallaré tantos, si vuelvo,
que no podamos caber.
Cinco somos, ¡cosa extraña!
¡Notable es de Inés el brío!
Que, sin duda, es desafío
conforme al fuero de España.
Tres donde los pies estampo,
y aun cuatro, quiso que fuesen,
y que si cinco saliesen,
no piensa huirles el campo;
y para mayor hazaña,
- a todos campo aplazó
y las armas les midió,
conforme al fuero de España.
De todos estos llamados,
¿quién ha de ser escogido?

(Sale LISENA.)

LISENA. ¡Válame Dios! ¡Qué han salido
de amantes desatinados!
Húmido patio, ¿qué es esto?
¿Estos robles producís?
¡Ce, Inés!

CAPITÁN.
ALFÉREZ. ¡Hola, Inés! ¿Oís?

LISENA. ¡Qué ciertos vienen al puesto!
No hay ave simple engañada
como el hombre, a nuestro cebo.
A hablar ninguno me atrevo.
¡Inés bella!

FINEO.
LUCINDO. ¡Inés amada!
¿Qué digo? ¡Inés!

LISENA. Ahora bien;
mala noche han de llevar,
que todos se han de trocar,
el amor sabe con quién.
Pero para recogerlos,
industria será forzosa.

(Da voces.)

¿Hay tal descuido? ¿Hay tal cosa?
¡Fuego, fuego, fuego en ellos!

(Sale el HUÉSPED y huyen todos.)

HUÉSPED. ¿Por qué das voces, Inés?

LISENA. ¡A la cocina, señor!

CAPITÁN. ¡Ofrezco al diablo el amor!
Voime, y volveré después.
LUCINDO. Ven, y volveremos luego.
FINEO. Esta mujer desatina.
HUÉSPED. Oscura está la cocina.
LISENA. Calle, señor. ¡Fuego, fuego!

(*Vanse, y salen BELTRÁN y FLORENCIO.*)

BELTRÁN. ¡Huye!
FLORENCIO. ¿De qué sirve ya?
BELTRÁN. ¡Ventura hemos tenido!
FLORENCIO. ¡Famosa la noche ha sido!
BELTRÁN. Sí, ha sido. ¿Qué hora será?
FLORENCIO. ¡Por Dios, que tienes razón!,
que aún no es la noche pasada.
BELTRÁN. La una pienso que es dada.
FLORENCIO. La una, y aun las tres son.
BELTRÁN. No, que ya salido hubieran
las siete hermanas Cabrillas,
y del cielo en las orillas
trepando, al norte subieran.
¡Tres horas dos pobres hombres
en una caballeriza,
haciendo mil pulgas riza
en sus cuerpos!

FLORENCIO. ¡No las nombres!
¿Pulgas? ¡Demonios las llama!

BELTRÁN. Pulga vi yo que tenía
tenazas con que mordía.

FLORENCIO. ¡Linda noche!

BELTRÁN. ¡Linda cama!

FLORENCIO. ¡Enamoraos en Toledo
de las mozas del mesón!

BELTRÁN. ¡Noches toledanas son!

FLORENCIO. Sosiégate.

BELTRÁN. ¿Cómo puedo?

FLORENCIO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Con pulgas selladas,
cada una vale por dos.

FLORENCIO. ¡Terrible noche, por Dios!
Trocara las cuchilladas
con el que en Granada está,
si estos ministros envía.

BELTRÁN. Si aquel huésped no salía,
hoy nos quedamos allá.

Pues más mal me vino a mí.

FLORENCIO. ¿Cómo?

BELTRÁN. Al salir de la puerta,
en la aldaba, larga, tuerta,
todo este muslo me así,
y allá me dejo el un lado
del calzón, y traigo acá,
de la fuente que está allá

el hierro que está estampado.
FLORENCIO. No vengo muy bueno yo;
porque una mula, al salir,
sin que le fuese a pedir,
de tal manera me dió,
que traigo rota una pierna;
y de aquella puerta baja,
en el madero que ataja
del umbral en la linterna
tal golpe, Beltrán, me di,
que, a no ser en el cerebro,
nariz y frente me quiebro,
y vengo fuera de mí.

¡Válgate el diablo el amor!
¡Nunca más noche en Toledo!

BELTRÁN. Gente es ésta.

FLORENCIO. Tengo miedo,
que aún nos falta lo mejor.

(*Salen dos ALGUACILES y un ESCRIBANO y gente de
ronda.*)

BELTRÁN. ¿Qué haremos?

FLORENCIO. Ya es imposible
huir.

ALGUAC. I.º ¿Quién va?

FLORENCIO. ¿No lo ven?

ALGUAC. I.º ¿Quién son?

FLORENCIO. Dos hombres de bien.

ALGUAC. I.º A estas horas, no es posible.

BELTRÁN. Luego ellos no lo serán.

ALGUAC. I.º ¡A la justicia se tengan!

FLORENCIO. ¿Cosa que a prendernos vengan?

BELTRÁN. Pues no dudes que vendrán.

FLORENCIO. Múdate el nombre.

BELTRÁN. Sí haré,
y tú no digas el tuyo.

ESCRIBANO. Huir queréis.

BELTRÁN. Yo no huyo;
cánsome de estar en pie.

ESCRIBANO. Traiganle una silla aquí.
¿Qué gente?

FLORENCIO. Dos forasteros.

ESCRIBANO. ¿Qué ejercicio?

FLORENCIO. Caballeros.

ESCRIBANO. ¿Caballeros? ¿Cómo así?

Pues ¿dónde a tal hora van?

BELTRÁN. A la posada.

ALGUAC. I.º ¿De dónde
vienen?

ALGUAC. 2.º Turbado responde:
éstos, ladrones serán.

Apártalos.

ESCRIBANO. Decís bien;

éste asid, y apartad éste. .
 BELTRÁN. ¡Plegue a Dios que no nos cueste
 más de lo pasado, amén!
 Mala noche por tejados,
 desvanes y palomares,
 caballerizas, telares,
 pulgas, coces y candados,
 por huir de la justicia,
 y al cabo venir a dar
 con ella; ¡gentil azar!

(Preguntan aparte a FLORENCIO.)

FLORENCIO. Señores, menos codicia.
 No hay qué mirar.
 ALGUAC. I.º Diga el nombre.
 FLORENCIO. Don Fernando es mi apellido.
 ALGUAC. I.º Y el que con él ha venido,
 ¿quién es?
 FLORENCIO. Cierta gentilhombre.
 ALGUAC. I.º ¿El nombre?
 FLORENCIO. Marzal se llama.
 ALGUAC. I.º ¿De dónde son?
 FLORENCIO. De Jaén.
 ESCRIBANO. Eso está dicho muy bien;
 pero ahora, al otro llama. (1)
 BELTRÁN. ¿Qué es lo que quieren de mí?
 ESCRIBANO. ¿Cómo os llamáis?
 BELTRÁN. Yo, Tomé.
 Tomico, mi nombre fué;
 Tomé, después que crecí.
 ESCRIBANO. ¿Qué sois de este caballero?
 BELTRÁN. Su lacayo solía ser,
 y ya soy su botiller,
 enjerto en su despensero.
 ESCRIBANO. ¿Cómo se llama?
 BELTRÁN. Don Blas.
 ESCRIBANO. ¿De dónde es?
 BELTRÁN. De Talavera.
 ALGUAC. I.º ¡Asildos!
 BELTRÁN. Pues ¿qué os altera?
 ALGUAC. I.º Esta relación no más.
 ¡Picaños, ladrones viles!
 ESCRIBANO. Estos son de la cuadrilla
 de aquel hurto de Sevilla.
 ALGUAC. I.º Sí; pero poco sutiles.
 Tomé dice el bellacón,
 y el otro dice Marzal.
 ¡Vayan a la cárcel real!
 FLORENCIO. Señores...
 ALGUAC. I.º ¡Vaya el ladrón!

(1) Falta este verso en Hartzenbusch.

ALGUAC. 2.º Que ha de ir mañana a galeras.
 ¡Brava prisión hemos hecho!
 BELTRÁN. Que nos azotan sospecho.
 FLORENCIO. ¿Hay más extrañas quimeras?
 Ya desco la mañana,
 por ver en qué ha de parar.
 BELTRÁN. ¡Por Dios, que me he de acordar
 de la noche toledana!

(Salen LISENA con GERARDA y LUCRECIA, en hábito
 de labradores.)

GERARDA.

Pues ¿para qué nos vistes desta suerte?

LISENA.

Entra en este aposento con silencio,
 que en él está Florencio; eso me advierte.

GERARDA.

¿Luego del Carmen vino ya Florencio?

LISENA.

Florencio es muy ligero; Beltrán, fuerte,
 y apenas de Sansón le diferencio;
 volvieron a subir por el tejado,
 y en sus dos aposentos se han entrado.

GERARDA.

¿Y aquí está mi Florencio?

LISENA.

Habla más quedo,
 que andan desvanecidos mil galanes;
 finge que eres Inés; entra sin miedo,
 y no cruja el chapín los tafetanes,
 que te espera el mancebo más gallardo
 que en Granada nació.

GERARDA.

¿Qué me acobardo? (1)
 La palabra me dió de ser mi esposo.

(Vase.)

LISENA.

El te la cumplirá.

LUCRECIA.

Dime, Inés bella:
 ¿adónde está Beltrán, que aquel gracioso
 donaire me ha rendido, o fué mi estrella?

(1) Faltan dos versos a esta octava.

LISENA.

En aquel aposento, deseoso
de merecer tu voluntad, que en ella
consiste de un amante el bien más alto.

LUCRECIA.

¿Por dicha hizose mal?

LISENA.

¿De qué?

LUCRECIA.

Del salto.

LISENA.

Entra, que bueno está, pues te desea;
mas, por si te escuchare algún curioso,
finge que eres Inés, porque no sea
deslustrado tu nombre generoso.

LUCRECIA.

Como toda esta noche se pasea
este patio, por ti será forzoso.

LISENA.

De que os llamen Inés tengo avisados,
Lucrecia, a vuestros dos enamorados.

LUCRECIA.

¿Que no dirán jamás el nombre nuestro?

LISENA.

Ni vosotras.

LUCRECIA.

Ya sé lo que me importa.
Quédate adiós.

(Vase.)

LISENA.

¡Oh, sol! Si el rayo vuestro
de mis enredos el discurso acorta,
la vana industria del ingenio diestro
será la tela que la muerte corta;
mas yo espero que el alba matizada
me verá de sus flores coronada.
Yo triunfaré del enemigo mío,
pues que su dama he dado al propio dueño,
que en la verdad de mi firmeza fío
que le despierte del injusto sueño.
¡Oh, fuerza de mujer! ¡Oh industria, oh brío,
que de una noche el término pequeño
de suerte a sus desdichas acomoda,

XIII

que excede al curso de la vida toda!

Yo, sin perder aquel honor que debo
a los mayores de quien vengo honrada,
con nueva industria, con engaño nuevo,
tengo toda esta gente sosegada.

Mas primero dará su lumbre Febo
que esté su pretensión desengañada,
porque todos me esperan de mil modos,
y están cerrados y engañados todos.

Golpes siento en la puerta. ¿Qué es aquesto?
¿Hay nuevo mal, hay nueva desventura?

(Dentro, FLORENCIO y BELTRÁN.)

BELTRÁN.

¡Abran aquí!

LISENA.

¿Quién llama?

FLORENCIO.

¡Abre, Inés, presto!

LISENA.

La voz es de Florencio. ¡Oh, gran ventura!
Yo voy a abrir. Señor, ¿tan descompuesto?

(Entran agora los dos.)

FLORENCIO.

¡Oh, noche; la más áspera y oscura
que he tenido en mi vida!

LISENA.

¿De qué suerte?

FLORENCIO.

Con mil peligros de prisión y muerte.

Referirte las cosas que he pasado
era esperar en este patio el día;
vengo muerto, perdido y quebrantado,
y Beltrán casi en brazos me traía.
Dilo, Beltrán.

BELTRÁN.

Después de aquel tejado,
y de otras circunstancias que tenía,
venimos a parar en esta calle,
llenos de polvo, y lo demás se calle.

Tópanos la justicia, yo no puedo
decirte más; Florencio lo prosiga;
respondimos turbados con el miedo;
que miedo al hombre más honrado obliga,
y entre dos alguaciles de Toledo

y otra gente que agarra, sin ser liga,
nos llevan a la cárcel por ladrones.

LISENA.

¡Extraño mal, extrañas ocasiones!

FLORENCIO.

Pero apenas las cuatro calles veo,
cuando arrebató a un corchapín la hoja,
y lo mismo Beltrán; dilo, que creo
que cuanto me ha pasado se me antoja.

BELTRÁN.

¿Qué es menester en esto más rodeo?
A cintarazos cada cual se arroja
hacia el alcázar; mas con gran ventaja,
puesto que aquél nos sigue, aquél ataja.

Damos los dos en una zanja (1) abierta,
y pasa la justicia por encima,
tan ciegos, por un lado, que fué cierta
la libertad, que el hombre tanto estima.
Salimos y llegamos a la puerta
deste mesón, a deshacer la enima.
¿Qué hay de las damas?

LISENA.

Entra, que te aguarda
a ti Lucrecia aquí, y a ti Gerarda.

FLORENCIO.

Adiós, que, pues tú la causa diste,
Gerarda es ya mi dueño.

LISENA.

Entra más quedo;
iré por ella, que mi amor resiste
a tu crueldad con el valor que puedo.

BELTRÁN.

En fin, ¿por ella vas?

LISENA.

Sí voy, ¡ay, triste!

BELTRÁN.

¿Si para aquí la noche de Toledo?

LISENA.

No para aquí, que con mayor engaño
comienza el vuestro y cesará mi daño.

(1) En el original, "madre". La enmienda es de Hartzbusch.

(*Entranse, y salen los ALGUACILES, ESCRIBANO y criados.*)

ALGUAC. 1.º Digo que entraron aquí
y que esta puerta se abrió.

ALGUAC. 2.º El ruido sentí yo.

ESCRIBANO. Y yo los golpes sentí.
Llama, derriba.

ALGUAC. 2.º ¡Ah de casa!

ESCRIBANO. No responden; ¡linda cosa!

(*Llaman, responde el HUÉSPED.*)

HUÉSPED. Inés.

ALGUAC. 1.º El huésped reposa

ALGUAC. 2.º El no sabrá lo que pasa.

ALGUAC. 1.º Decís verdad, que es honrado,
y como venga al mesón
la gente honrada, el ladrón
será en su traje estimado.

Sólo conocen aquí
por el vestido al que viene.

ALGUAC. 2.º El huésped disculpa tiene.

¡Que se os escapase así!

HUÉSPED. Inés, Toribio, ¿no hay orden?

ESCRIBANO. Vístase, acabe.

HUÉSPED. Ya voy.

¡Qué dichoso en mozos soy!
Todo es comer y desorden.

¿Quién es?

ALGUAC. 1.º La justicia es.

HUÉSPED. Pues ¿qué quiere antes del día?

ALGUAC. 2.º ¿Qué huéspedes tiene?

HUÉSPED. Había
anoche de Madrid tres,
dos de Granada, un soldado
y pienso que un Capitán.

ESCRIBANO. Llame luego. ¿Dónde están?

(*Dice, aparte:*)

HUÉSPED. ¿Si se habrán ido a sagrado
por donde los avisé?

Vístanse todos, señores.

¿Hay algo?

ALGUAC. 2.º Los dos mayores
ladrones.

HUÉSPED. ¡Buen lance eché!

ALGUAC. 2.º Que han venido a esta ciudad.

ESCRIBANO. ¿No se acaban de vestir?

HUÉSPED. Ya todos quieren salir.

ALGUAC. 1.º Abrid las puertas. Entrad.

(*Sale el CAPITÁN.*)

CAPITÁN. ¿Es muy gran delito acaso

esperar una mujer
que agora acabo de ver
pasar del umbral el paso?

(Sale el ALFÉREZ.)

ALGUAC. 2.º Salga esa mujer acá.
ALFÉREZ. Yo soy el que estoy aquí.
CAPITÁN. Alférez, ¿vos érades?
ALFÉREZ. Sí.
CAPITÁN. ¡Gracioso el engaño está!
ALFÉREZ. Aquí me dijo que entrase
Inés, que aquí la hallaría.
CAPITÁN. Y a mí también, que vendría,
y que callando esperase;
y puesto que entrar sentí,
callé hasta ver quién entraba.
ALGUAC. 2.º ¿Es esta Inés vuestra esclava?
HUÉSPED. No, que ayer la recibí.
ALGUAC. 2.º ¿Quién son estos caballeros?
HUÉSPED. Alférez y Capitán.
ESCRIBANO. Y los demás, ¿no abrirán?
CAPITÁN. De risa me caigo en veros.
Alférez, ¿vos me buscáis?
ALFÉREZ. ¿Y vos me esperáis a mí?

(Sale LUCINDO.)

LUCINDO. ¿Qué es lo que quieren aquí?
ALGUAC. 1.º Ver quién sois y dónde vais.
LUCINDO. Esta dama es mi mujer,
y así, yo con ella estoy.
HUÉSPED. ¿Qué mujer?
LUCINDO. Su esposo soy,
convertido desde ayer.
Salid, señora Gerarda.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. Lucrecia soy yo, Beltrán.
LUCINDO. Yo Lucindo.
HUÉSPED. ¡Buenos van!
La burla ha sido gallarda.
LUCRECIA. Beltrán me dijo que aquí
me esperaba. ¿Hay tal maldad?
LUCINDO. Y a mí Gerarda.
ESCRIBANO. En verdad
que está bueno todo así.
ALGUAC. 1.º Abranse esos aposentos.
¿Qué es esto, güésped?
HUÉSPED. No sé,
¡vive Dios!, que me acosté
libre destos pensamientos,

y que Inés debe de ser
algún demonio.

ALGUAC. 2.º Abran presto.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¿Con tanta furia, qué es esto?
Hombre soy y ella mujer.
ESCRIBANO. ¿Otra mujer?
HUÉSPED. ¡Ay de mí!
ESCRIBANO. Hágase santo después.
HUÉSPED. ¿Qué mujer decís?
FINEO. Inés,
que entró a verme y está aquí.
¿Es delito una fregona
con un hombre que camina?
Ayer la hablé en la cocina.

(Sale GERARDA.)

ALGUAC. 1.º ¿Fregona con tal persona?
GERARDA. De Florencio soy mujer;
yo con mi marido estoy.
FINEO. ¡Gerarda!
GERARDA. ¿Quién es?
FINEO. Yo soy.
¿Cómo aquí te vengo a ver?
GERARDA. ¿Eres Fineo?
FINEO. Pues ¿quién?
GERARDA. De vergüenza no te miro.
FINEO. De tu deslealtad me admiro.
GERARDA. Yo de la tuya también.
FINEO. Inés me ha engañado así.
GERARDA. También a mí me engañó.
ALGUAC. 2.º ¿Todo Inés lo concertó?
ESCRIBANO. Venga Inés.
ALGUAC. 1.º ¿Quién está aquí?

(Salen BELARDO y RISELO.)

BELARDO (1). ¡Par Dios, donaire tenéis!
¿Desa suerte me abrazáis?
RISELO. Si vos a abrazarme entráis,
¿qué es lo que de mí queréis?
BELARDO. Yo por Lucrecia os tenía.
RISELO. Y yo a Lucrecia esperaba.
¿Quién os dijo que aquí estaba?
BELARDO. ¿Quién os dijo que venía?

(1) Este personaje, que no aparece hasta ahora, sustituyó Hartzzenbusch por Beltrán, que parece debe de ser así. Sin embargo, el nombre de Belardo figura también en la lista de personajes. Esta comedia fué muy maltratada antes de ir a la imprenta.

RISELO. Inés fué.
 BELARDO. Y a mí también.
 HUÉSPED. ¿Inés también? ¡Bueno es esto!
 CAPITÁN. ¡Buenos Inés nos ha puesto!
 BELARDO. Capitán, ¿a vos también?
 ALGUAC. 1.º Salga aquesta Inés aquí,
 que me muero ya por ver
 tan espantosa mujer.
 HUÉSPED. Pues ayer la recibí;
 que si hubiera cuatro días,
 a la gente que juntara
 Zocodover no bastara.

(Sale FLORENCIO.)

FLORENCIO. ¿Tantas voces y porfías
 para cosa tan segura?
 Si es Gerarda mi mujer.
 GERARDA. Eso ¿cómo puede ser?
 FLORENCIO. Como mi amor lo procura.
 GERARDA. ¿No veis que Gerarda soy?
 FLORENCIO. ¿Luego otra mujer ha sido
 la que por vos he tenido?
 GERARDA. En el mismo engaño estoy,
 que yo soy ya de Fineo.
 FLORENCIO. A mí me ha engañado Inés.
 GERARDA. Y a mí también.
 HUÉSPED. Salga, pues,
 que pienso, si no la veo
 que debe de ser la mía,
 según es su grande enredo.

(Sale LISENA.)

LISENA. Yo soy, que vine a Toledo
 siguiendo mi fantasía,
 y no Inés, como pensáis,
 sino Lisena, mujer
 del valor que podéis ver
 si a los dos lo preguntáis.
 Siguiendo vine a Florencio,
 celosa de su mudanza,
 en traje de labradora.
 Le hallé en aquesta posada.
 Serví, como veis, en ella,

donde vi que desta dama,
 pagándome ingratamente,
 tenía cautiva el alma.
 Valíme, como mujer,
 del ingenio.

ALGUAC. 1.º ¡Cosa extraña!
 Huésped, ¿hay más gente?
 HUÉSPED. No;

sola esta gente hay en casa.
 ALGUAC. 1.º ¿Es alguno destes hombres?
 ALGUAC. 2.º Este parece en el habla.
 Mas dicen todos que son
 caballeros de Granada,
 y, pues que son caballeros,
 escúchenme dos palabras:
 ¿Son estas damas iguales
 a su valor?

ALGUAC. 1.º Todos callan.
 ALGUAC. 2.º Si son iguales les digo.
 FINEO. A mí Gerarda me iguala.
 LUCINDO. A mí Lucrecia.

FLORENCIO. Y a mí
 Lisena.

ALGUAC. 2.º Pues eso basta.
 Dense las manos aquí,
 con fe y palabra jurada,
 o a la cárcel juntos vengán.

FINEO. Yo doy la mano a Gerarda.
 LUCINDO. Yo a Lucrecia.

FLORENCIO. Yo a Lisena,
 y cumpliré la palabra.

CAPITÁN. Yo al Alférez.

BELARDO. Yo a Riselo.

ALFÉREZ. Eso no. ¡Guarda la cara!
 FLORENCIO. Vuestas mercedes se vengán
 hoy a cenar a esta casa.
 Llevarán cincuenta escudos
 para principio de paga.

ALGUAC. 1.º Mil años todos se gocen.

BELTRÁN. ¡Bueno, la vida nos tasan!

FLORENCIO. Aquí da, senado noble,
 fin *La noche toledana*.

AQUÍ DA FIN LA GRAN COMEDIA DE "LA NOCHE
 TOLEDANA".

Seminario Multidisciplinario
 Instituto de Estudios Interdisciplinarios
 Facultad de Humanidades
 Universidad de Puerto Rico
 Recinto de Río Piedras